



**Sobre la dignificación de la infancia:**

**Consideraciones acerca del límite, el lenguaje y la imaginación en la diversidad de la infancia.**

Sofía Rodríguez Cárdenas

Pontificia Universidad Javeriana Cali  
Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales  
Carrera de Filosofía  
Santiago de Cali  
2021



**Sobre la dignificación de la infancia:**

**Consideraciones acerca del límite, el lenguaje y la imaginación en la diversidad de la infancia.**

Sofía Rodríguez Cárdenas

8934574

*Trabajo de grado para optar por el título de filósofa.*

Directora:

María Cristina Sánchez León PhD

Pontificia Universidad Javeriana Cali  
Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales  
Carrera de Filosofía  
Santiago de Cali  
2021

# Contenido

INTRODUCCIÓN.....	5
Capítulo I.....	13
<b>Límite: observaciones en torno a la dignificación .....</b>	<b>13</b>
<b>1. La pregunta por la naturalización de la transgresión y su interdependencia con la naturalización de la violencia.....</b>	<b>17</b>
<b>1.1. Límite: Dignificación e individuo.....</b>	<b>22</b>
<b>1.2. Límites o fronteras: La superación de la transgresión. ¿Qué significa o cuál es la sabiduría moral del límite?.....</b>	<b>25</b>
<b>1.2 Límite y emoción: .....</b>	<b>28</b>
Capítulo II.....	33
<b>Infancia: los riesgos del lenguaje que invalida .....</b>	<b>33</b>
<b>2.1 La concepción del término “niño” como insulto.....</b>	<b>36</b>
<b>2.1.1. La invalidación de las emociones y sentimientos del niño. ....</b>	<b>39</b>
<b>2.1.2 Sobre la desclasificación y la anulación de la palabra del niño.....</b>	<b>41</b>
<b>2.2. Sobre el juego y el tiempo .....</b>	<b>46</b>
Capítulo III:.....	50
<b>Imaginación: la configuración de un espacio <i>común</i> en la autoafirmación. ....</b>	<b>51</b>
<b>3.1. Sobre la imaginación.....</b>	<b>53</b>
<b>3.2 Infancia: ¿habilidades diversas?.....</b>	<b>64</b>
CONSIDERACIONES FINALES .....	70
REFERENCIAS .....	75



## INTRODUCCIÓN

La dignificación de la infancia debería ser una preocupación latente para la filosofía contemporánea. Sin embargo, al parecer no es así como sucede, pues recientemente se ha preocupado poco por investigar sobre la infancia como problema en su campo; en contraste, se ha preocupado más por otro tipo de estados, revelando la poca importancia que se le ha dado a la infancia, una etapa fundamental para el desarrollo del ser humano y, por tanto, de la filosofía misma.

Parece que siempre será más importante el hecho de teorizar, de pensar y re-pensar problemas que subyacen, inconformidades que llevan años siendo problemas centrales de la filosofía y que han sido muy importantes y han logrado darle un giro a la comprensión del mundo; sin embargo, hasta el momento estos problemas han sido teorizados, quedándose siempre fuera de la acción. De ahí que necesitemos hacer cambios que empiecen a dar resultados para generar transformaciones verdaderas.

La infancia es la primera etapa que vivimos como humanos. En ella desarrollamos las primeras características psicológicas, pedagógicas, sociológicas y biológicas, es decir que es la base para el resto de nuestro desarrollo, comprendiendo desde los 0 hasta los 12 años aproximadamente. Posiblemente se trata de la etapa más importante de nuestra vida, pues ella fundamenta todo el aprendizaje y la preparación para el mundo; por lo tanto, debería ser de suma preocupación y atención todo lo que en ella ocurre, debería cuidarse y valorarse como algo realmente preciado.

Aun así, parece que la filosofía contemporánea no le concede tanta importancia como a otros problemas y, ciertamente, la atención que se le presta por parte de la filosofía en Colombia es prácticamente nula. Al respecto, cabe mencionar que en la búsqueda de literatura que nutre esta monografía solo se encontró a Javier Saenz Obregón, PhD en Filosofía e historia de la educación, que se ha dedicado a investigar y a preocuparse sobre la historia de la infancia en sus investigaciones. Sobre la existencia de otros filósofos que hayan prestado atención al mismo problema no se encontró información, es más, la relación entre infancia y filosofía, o mejor, entre niños y filosofía, es aquella que hace parte de una de las aplicaciones de los estudios filosóficos denominado “filosofía para niños”.

En un principio la intención de esta monografía era presentar la infancia como problema filosófico; sin embargo, en la medida en que la investigación avanzaba, sentí que había cierta especificidad que necesitaba ser enfatizada, a saber, la dignidad. Es así como la infancia como problema filosófico se transformó hacia el final de la monografía en la dignificación de la infancia como problema filosófico. Se trata del mismo eje central, pero más específico.

El problema comporta una gran importancia porque como sociedad nos esforzamos constantemente por buscar soluciones para diferentes problemas sociales que hemos creado conjuntamente, mientras que la filosofía y las humanidades siguen centradas en los mismos problemas, sin ofrecer soluciones. De esta manera, siguiendo una intuición que he tenido durante los años de estudio de mi pregrado, quise demostrar que en la medida en que se vuelva más práctica la filosofía puede brindar soluciones a esos problemas; además, pensé que siempre debe volverse al origen, y el origen, más allá de una cuestión metafísica de la existencia humana, tiene un espacio práctico, a saber, la infancia, el lugar donde aprendemos y forjamos nuestros fundamentos.

Entonces, en cierta medida quiero demostrar que la infancia necesita reconocimiento, porque es un tema que me mueve muy a fondo, pero, al mismo tiempo, quiero insistir en que la filosofía necesita innovar, preocuparse por otras cosas, volver a su origen y concederle la debida importancia, la capacidad de dar vida, de volver a permitir el paso del mito al logos. Es preciso regresar al primer momento en el que se hace filosofía, a la infancia, donde las cuestiones del mundo inundan nuestro existir.

La presentación de la dignificación de la infancia está rodeada de un aura estético, que se constituye en la dignidad-dignificación de la emocionalidad, porque es una investigación que se desarrolla en la visión creativa de la emocionalidad humana, razón por la que las emociones y la dignidad ocupan lugares fundamentales a lo largo de la monografía.

Esta monografía pretende entonces responder a la pregunta *¿por qué la dignificación de la infancia es un problema filosófico?* Más aún, si ha tenido tan poca atención por parte de la investigación en el campo de la filosofía y se ha dejado para otros campos de las ciencias sociales *¿por qué es importante traerlo ahora?*

Para resolver esta inquietud se han destinado tres capítulos: el primero, a partir de una conversación con Martha Nussbaum, se refiere al abordaje del límite como agente

dignificador<sup>1</sup>, y el adultocentrismo<sup>2</sup> como responsable principal de la transgresión de esos límites. En el segundo, en conversación con Giorgio Agamben, se habla de la concepción adultocéntrica de la infancia y la importancia del lenguaje en la desdignificación de esa infancia, explicada mediante la mirada adulta. Y el tercero, en una propuesta propia influenciada por los dos autores anteriores, -especialmente por la parte final del capítulo II-, presentaré una discusión sobre la imaginación y el juego como actos primordiales para el desarrollo y florecimiento de una infancia digna.

Cabe añadir, que el tercer capítulo es más de naturaleza experiencial, por esta razón, no se compone de muchas citas; es un ejercicio narrativo de pensamiento crítico, que se presenta en un tono más natural, crítico, autocrítico y autoreferencial, por eso, el perfil es diferente. Finalmente, recibe este tono, como resultado del trabajo de campo hecho en la práctica académica, realizada en una fundación que trabaja con infantes de barrios marginales, mediante el deporte, la educación, acompañamiento académico, y acompañamiento psicológico. Mi apoyo, desde la filosofía, lo hice en los tres primeros enfoques respectivamente, y gran parte de esa experiencia me influyó notablemente en la escritura de este trabajo.

En esta monografía, hablo de varias cosas, entre ellas la diversidad sexual. Sin embargo, me permito anticipar que no es una tesis sobre filosofía de género, diversidad sexual ni cuestiones afines; si hago mención a estos problemas es porque lo consideré importante. Me gustaría además recordarle a quien lea este trabajo que está en la completa libertad de leerlo con un lenguaje más inclusivo y neutro, y que cuando lo escribí tuve la intención de facilitar la comprensión de un lenguaje más neutral e incluyente. Finalmente, quedan algunas cuestiones que subyacen a la investigación y que dejaré como espacio de reflexión en las consideraciones finales.

Quiero decirle al lector que espere de esta monografía una propuesta estética, en la cual las emociones, la dignidad, los límites y la imaginación son fundamentales para esa experiencia estética. Cabe entonces aclarar, que el término “estética”, se asumirá en el trabajo en su completa identificación con la sensibilidad y no, con una serie de valoraciones sobre lo bello o lo feo. Por eso, invito a quien lea este trabajo que intente recordar el paso por su infancia, para que viva y rememore la magia de esa etapa, pero

---

<sup>1</sup> Es decir, que permite que se dignifique. Responsable de que la dignidad sea posible.

<sup>2</sup> Se entiende como la vida vista desde categorías adultas. Para más detalle revisar nota a pie de la primera página del primer capítulo.

también para que se vuelva autocrítico de sus propias acciones en la actualidad. De ahí que el lector también pueda encontrar una investigación con cierto tono crítico respecto a la importancia de la infancia, de salvaguardar su dignidad y de la responsabilidad que tenemos como adultos de proteger o transgredir esa dignidad.

Por otro lado, me gustaría advertir que este trabajo no pretende hacer filosofía política, filosofía de género, ni acercamiento a perspectivas psicoanalíticas. Ni de las emociones<sup>3</sup>, porque la situación problema no se centra en ese campo, pues de ser así, requeriría hacer una investigación exhaustiva sobre las emociones en demás campos que no involucren solamente la infancia. Ni ninguna otra cuestión que no vaya en la línea que mencioné anteriormente. En consecuencia, esta monografía se inscribe en perspectiva estética, en el sentido, que concibe *la imaginación y la dignidad*, por ejemplo, como experiencias de la sensibilidad humana.

Otra cosa importante que debe especificarse es que la mayoría de las fuentes citadas están originalmente escritas en una segunda lengua; por tanto, puede haber ciertas traducciones que no sean exactas a las del idioma original. La monografía está escrita en varios tonos, pero intento mantener en gran parte un tono personal, pues, como indicaré en líneas posteriores, esta investigación nace de una profunda conexión personal.

Para esta monografía leí dos textos base. El primero es “Paisajes del pensamiento” (2008), de Martha Nussbaum, del que tomé como referencia la primera parte, titulada “Necesidad y reconocimiento”, especialmente los capítulos 1, 3 y 4, porque en ellos encontré el apoyo necesario para la investigación. Elegí a Martha Nussbaum, porque la manera en que escribe sobre la inteligencia de las emociones, el tono tan personal de su escritura que a la vez está acompañada por múltiples estudios, me conectó inmediatamente con su filosofía y con su historia de vida.

El segundo texto base fue “Infancia e historia” (2018), de Giorgio Agamben, del cual hago énfasis principalmente en los cuatro primeros capítulos, titulados “Infancia e historia”, “el país de los juguetes”, “tiempo e historia” y “el príncipe y la rana”, respectivamente. A Giorgio Agamben lo elegí porque su libro se relacionó

---

<sup>3</sup> Es posible que este trabajo quepa dentro de una investigación sobre filosofía de las emociones, en la medida en la que se habla sobre la importancia de la emocionalidad humana y su incidencia en la vida con los otros, sin embargo, en sentido estricto, la pregunta por la emocionalidad humana, no es el fondo de este trabajo, sino, la importancia que tiene la infancia, exactamente como problema filosófico. En este sentido, categorías como: *dignidad, transgresión, invalidación, descalificación, imaginación*, son las mediaciones “emocionales”, que me permiten comprender filosóficamente la infancia.



inmediatamente con la propuesta que tenía para mi investigación, debido a que la importancia que le da a la infancia mediante el juego y la imaginación están directamente vinculadas con la necesidad dignificante y ritual que yo sostenía antes de conocer su pensamiento.

Es importante también aclarar que tanto Martha Nussbaum como Giorgio Agamben tratan el mismo asunto, pero en diferente nivel. Por una parte, Nussbaum, habla de las emociones en perspectiva estética, en el sentido de la apuesta por un cultivo de la sensibilidad humana. Por otra, Agamben, habla de las emociones desde un lugar más histórico y antropológico. Los dos autores son complementarios, justamente, el establecimiento de un diálogo entre ellos me planteó el nivel requerido de complejidad al momento de hablar sobre el juego.

Hubo además dos textos secundarios que me ayudaron en el desarrollo de la tesis, a saber, “Las aventuras de Pinocho” de Carlo Collodi, el cual me ayudó para enfatizar algunas ideas del segundo capítulo; y “Homo Ludens” (2012) de Johan Huizinga, cuyos dos primeros capítulos contribuyeron a la construcción del tercer capítulo.

Por otra parte, quiero indicar que las motivaciones a lo largo de mi investigación siempre fueron muy personales, pues más allá de presentar una monografía sobre lo que me parece que es importante y requiere de más compromiso por parte de la filosofía, también la hice con la intención de no dejar estas ideas por escrito para ser archivadas. Por el contrario, mi intención es hacer de esta investigación un resultado filosófico práctico y que esta parte teórica sirva para darle visibilidad al problema, pero también para implementar un curso de acción. Por esta razón el material audiovisual que acompaña esta tesis evidencia el apoyo que los campos teóricos muchas veces requieren; en este sentido, ese apoyo está orientado a advertir problemas en contexto o problemas en contextos colombianos. De hecho, inicialmente contemplé la posibilidad de reflexionar sobre el conflicto armado colombiano, después sobre la infancia en el marco del conflicto, y finalmente, sobre toda la infancia y su dignificación.

Quiero aprovechar también para expresar que esas motivaciones personales han estado presentes en gran parte de mi vida, debido a la historia personal que me ha marcado, conmovido e impulsado a querer cambiar muchas realidades que me lastiman, aunque no sean directamente las mías; pues la empatía siempre ha estado presente en mi vida. Desde pequeña tuve la oportunidad de estudiar en un colegio con una pedagogía

diferente a la convencional, influenciada por la pedagogía Montessori, Waldorf y Conceptual, en las cuales el desarrollo del ser, como persona, era el enfoque primordial. De la misma manera, era un colegio abierto para todas las personas, independientemente, de si existía alguna diferencia en el aprendizaje, alguna circunstancia<sup>4</sup> física, motora, emocional, cognitiva, de suerte que todos aprendimos juntos en un mismo espacio, aspecto que me permitió entender que la normalidad debe estar llena de diversidad, pues de lo contrario no podemos funcionar como sociedad. Es así, como decidí hablar sobre lo que denominé en este trabajo, “infancia diversa”, asunto que se encontrará en el tercer capítulo.

También tuve la gran fortuna de tener una madre que siempre me brindó la infancia más digna que pudo darme, y quien, con su labor de librera, siempre me educó en el mundo de la fantasía. Crecí con un pinocho de madera, que me acompañaba siempre en la librería a leer y a escribir, porque ella siempre tuvo claro que fomentar la imaginación y la creatividad era de las mejores cosas que podía dejarme para siempre, así como darme la libertad de desarrollarme en mi propio carácter. Y a ella, que está más allá de las estrellas, le agradezco inmensamente que me haya dado lo mejor que pudo darme y que me haya inculcado la importancia que tienen los demás en nuestras vidas, y que la infancia debe llenarse de amor, de tanto amor, que cuando falte, no se note su ausencia.

De la misma forma, esta investigación me ha servido en cierta manera como “terapia”, para decir muchas cosas que no había dicho, para sanar también muchas cosas de mi infancia y, principalmente, replantearme mi responsabilidad con la infancia y encontrar un enfoque para mi parte personal y profesional.

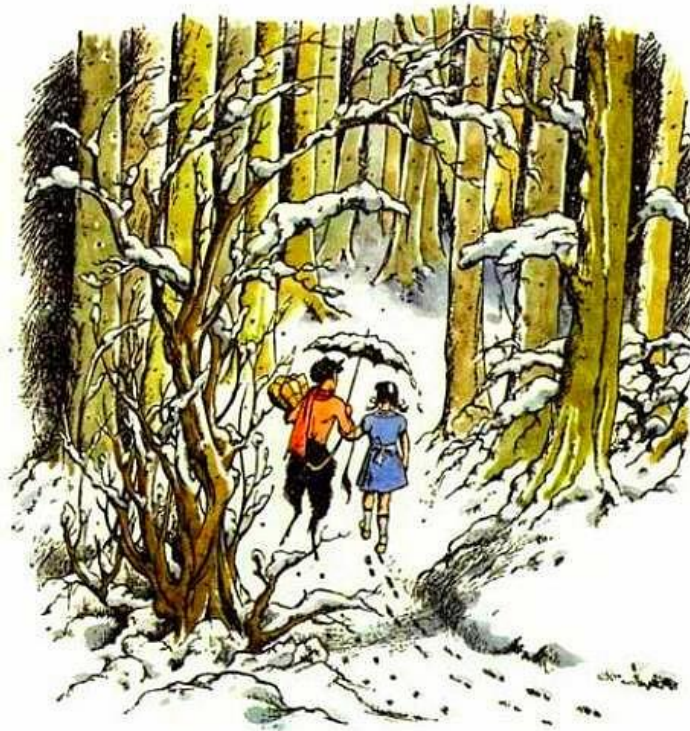
Finalmente, antes de proceder con el primer capítulo del trabajo, me gustaría aconsejar a quien me lea que para la comprensión de la monografía es importante revisar las notas a pie de página de diferentes conceptos y también tener en cuenta la siguiente lista de conceptos y su significado, los cuales serán nombrados constantemente a lo largo de la monografía. Hago la salvedad, de que me basé en el diccionario de la RAE, para la conjugación del significado de algunas de las siguientes palabras, sin embargo, tienen algunas variaciones para tener el matiz requerido para este trabajo.

---

<sup>4</sup> Entiéndase circunstancia como sinónimo de condición. Sin embargo, el uso del término circunstancia, le da un espacio de temporalidad, que permite comprender, que, aunque sea una condición, puede que esa condición cambie, o se vaya. Condición, se puede entender como sinónimo, y especialmente, en las situaciones que permanecen estáticas.

1. *Dignificación*: acción de Dignificar. Hacer digno, dar, reconocer la dignidad.
2. *Desdignificación*: acción de desdignificar. Transgredir, quitar, no reconocer la dignidad.
3. *Infancia diversa*: hace referencia a los infantes que viven con alguna circunstancia diversa.
4. *Circunstancia diversa*: Hace referencia a cualquier aspecto físico, mental, emocional, motor, entre otros, que subyazca a lo acaparado por “normalidad”.
5. *Autoafirmación*: idea propia que cada infante crea o va creando sobre sí mismo, respecto a cuestiones de género o sexuales, en el ejercicio de su propia libertad para forjar su identidad.
6. *Infancia*: etapa comprendida entre los 0-12 años de edad, donde se forjan las diferentes bases para el resto de la vida.
7. *Infante, niño, niña*: hace referencia a la persona que se encuentra en la etapa de la infancia.

*A lo mejor les ha pasado alguna vez en un sueño que alguien dice algo que uno no entiende, pero siente que tiene un enorme significado... Puede ser aterrador, lo cual transforma el sueño en pesadilla. O bien, encantador, demasiado encantador para traducirlo en palabras. Esto hace que el sueño sea tan hermoso que uno lo recuerda durante toda la vida y siempre desea volver a soñar lo mismo. (Lewis, 1993, p.41)*



**Figura 1.**

Nota: Primer encuentro con Narnia. Fuente: Pauline Baynes. (s. f.).

## Capítulo I

### Límite: observaciones en torno a la dignificación

Para hablar sobre la infancia como un problema filosófico debo decir primero que parece que la filosofía contemporánea poco se ha preocupado por investigar sobre esta. Tal vez ha sido responsable, como otras disciplinas, de darla por sentada, de restarle importancia a la infancia como etapa, y a los infantes, haciendo eco de aquello que hemos hecho como sociedad: ver con ojos adultos toda la existencia. Mediante categorías adultas hemos medido todo y, de la misma forma, hemos hablado sobre la infancia como una categoría de esta adultez; sin embargo, creo que ha sido un gran error, pues la adultez es la denominación de una etapa que llega con el tiempo, pero la infancia nos acompaña toda la vida.

Como fue mencionado en la introducción, la “dignificación” de la infancia, es el propósito central de la investigación, y lo que quiero comunicar en este capítulo es la importancia del límite<sup>5</sup> moral y físico como agente dignificador, y el papel del “adultocentrismo<sup>6</sup>” en su transgresión.

Así pues, quiero presentar mediante varios apartados, una conversación con Martha Nussbaum, porque hablar de la dignidad y la infancia me exige hablar sobre las emociones, razón que justifica el recurso a ella, ya que ha hecho un estudio muy completo sobre diferentes aspectos de la infancia, la cual presenta para ella un problema necesario de investigar al igual que lo es para mí. Entonces, me voy a servir de la primera parte de “Paisajes del pensamiento” (2008), libro en el cual hace énfasis en las emociones como desarrollo moral del individuo, especialmente en su infancia.

*Necesidad y reconocimiento*, la primera parte del libro, se divide en 5 capítulos: *Las emociones como juicios de valor; Los seres humanos y otros animales: revisión de la concepción neoestóica; Las emociones y sociedades humana; las emociones y la primera infancia; la música y la emoción*. Para el desarrollo de esta parte de la investigación, sólo me referiré al primero, tercero y cuarto capítulo, pues ni el segundo, en el cual habla de la emocionalidad de los animales, ni el quinto, que se refiere a la

---

<sup>5</sup> Extremo, “línea” moral, en el que nuestro mundo interior se separa del exterior, en sí mismos como con los demás.

<sup>6</sup> Concepción de que la sociedad y todo lo que ocurre en ella se basa en la adultez. Todas las etapas de la vida son determinadas según categorías adultas.

importancia de la música, evocan partes necesarias para la explicación que pretendo presentar; sin embargo, de ser necesario, referenciaré en notas al pie de página.

En el primer capítulo, Martha Nussbaum, presenta sus teorías de las emociones, gracias a que, en virtud de la situación emocional personal en la que se encuentra –a saber, la muerte de su madre–, explora sus emociones y descubre los diferentes cambios y presiones que ejercen sobre ella. De esta forma, en primera persona, empieza a presentar su teoría cognitivo-evaluadora, en la cual las emociones son formas de juicios. Para esto, referencia las concepciones estoicas y la aristotélica, sobre la *eudaimonía*<sup>7</sup>, para darles el lugar de evaluadoras en lo que es valioso e importante.

Comienza exponiendo de primera mano que las emociones, al contrario de lo que siempre se ha sostenido, son agentes de cognición, pues están cargadas de intencionalidad, creencia, evaluación e imaginación. Sin embargo, no se trata del mismo tipo de cognición o de razón que se tiene cuando no se está inmerso en una emoción; aun así, hay pensamientos cuando se sienten emociones como ira, amor, miedo o aflicción, e igualmente hay creencias que predisponen el actuar o el sentir esas emociones.

La autora presenta la necesidad de adaptar la concepción estoica antigua en la cual “las emociones son una forma de juicio valorativo que atribuye a ciertas cosas y personas fuera del control del ser humano una gran importancia para el florecimiento del mismo” (Nussbaum, 2008, p. 44), pues sostiene que de esa manera se demuestra que las emociones son un reconocimiento de que somos seres con necesidades y con falta de autosuficiencia.

Ahora, Nussbaum encuentra fundamental hablar de las emociones<sup>8</sup> cuando habla de la *eudaimonía*, pues esta se vincula al mundo de la acción y las emociones nos instalan en una tendencia a la acción, tienen un correlato en el accionar. Existe un correlato físico presente en nosotros: por ejemplo, cuando estoy nadando y siento miedo porque me quedo sin oxígeno, me dirijo inmediatamente a la superficie, y lo hago gracias a que una emoción me transmite esa necesidad. Un segundo ejemplo es ofrecido por el caso en el que alguien me va a golpear y yo esquivo el golpe, pues lo hago en función de una emoción que me

---

<sup>7</sup> Del griego “*eudaimonia*”, que se divide en “*eu*” bien correcto, “*daimon*” genio o espíritu e “*ia*” cualidad. Hace referencia a la felicidad, a la cualidad de vivir bien.

<sup>8</sup> Las emociones son acerca de algo, tienen intencionalidad, si se elimina este objeto o “*ser-acerca de algo*”, se convierte en un simple palpito.

permitió sentirme en peligro y, de esa manera, reaccionar. Sólo en virtud de lo que sentimos hacemos, de suerte que parece que la emoción es un acto en potencia.

Esas emociones, que traen un accionar no son sólo circunstancias finales, también parecen ser retos morales, tanto para el niño, en su condición de aprender el funcionamiento del mundo, como para el adulto, en tanto ser responsable moralmente de sí mismo, de su entorno, y de los infantes-llegado el caso-. Me refiero a que el niño aprende mediante la vivencia de esas emociones. El sentirlas le permite tener una repetición de esos actos y empezar a crear un imaginario sobre sus posibles consecuencias. Y a los adultos debería también enseñárseles las consecuencias que sus actos motivados por las emociones traen para sí mismos y para los demás. En el caso de un padre con su hijo, el primero debería tener ese reto moral de evitar aquellas situaciones reconocidas que le generaron traumas en su infancia. Es por ello que considero que las emociones son móviles de conducta, es decir que nos llevan a la acción y, por lo tanto, debería ocupar una mayor atención nuestra.

Las emociones se centran en nuestros objetivos propios y representan el mundo desde la perspectiva de dichos objetivos y proyectos antes que desde un punto de vista estrictamente imparcial. Por otra parte, se desarrollan en relación con apegos extremadamente estrechos e íntimos, y mi explicación histórica sugiere que tales vínculos tempranos y muy particulares proyectan su sombra sobre las relaciones de objeto posteriores. (Nussbaum, 2008, p. 33)

Entonces, la *eudaimonía* que envuelve el florecimiento de quien pretende vivirla se ve opacada por la vulnerabilidad que nos acompaña al tener una vida emocional que nos representa humanamente.

Después, en el tercer capítulo, Nussbaum (2008) presenta con varios ejemplos reales algunas situaciones en las cuales se responde emocionalmente de una manera diferente según la cultura. Esto, precisamente, para adentrarse a explicar la importancia de la cultura para el manejo y la comprensión de las emociones.

La primera historia habla sobre un niño ifaluk que murió de meningitis y sus madres, la biológica y la adoptiva, lloraron y se lastimaron al saber la noticia. Tiempo después una antropóloga comentó que los ifaluk creen que deben sentir eufóricamente la muerte, llorarla, sufrirla, pues quien no lo hace se enfermará. La segunda historia trataba sobre una chica balinesa quien, tras la muerte de su esposo pidió un tiempo para vivir el

duelo y se fue de vacaciones para celebrar; al darse cuenta, su jefa pensó en echarla, pero posteriormente se dio cuenta que los balineses celebran la muerte, pues creen que las emociones de tristeza son dañinas y, por lo tanto, intentan contrarrestar con situaciones que le generen emociones de felicidad.

Con esas historias, se pretende evidenciar que las situaciones emocionales se presentan de una manera diferente en todos, pues la cultura, moldea nuestras emociones, pero también nuestras historias individuales, según las normas sociales con las que convivamos. Si bien es cierto que existe cierta universalidad en las emociones, basada en nuestras vulnerabilidades y apegos, dada por la naturaleza de nuestros cuerpos, ello no quiere decir que no puedan ser modeladas de manera diferente. Es decir, las emociones son como el lenguaje: se aprenden según el lugar y las condiciones que se presenten para hacerlo. Es por eso que, según las normas sociales, las emociones se modelan también, dependiendo de las condiciones sociales o individuales.

Otra de las cosas fundamentales para la percepción de la emocionalidad, y que influye en su concepción, es la capacidad de recordar y crear historia, que se debe a la comprensión del tiempo. Tal comprensión del tiempo se debe a la capacidad de imaginar; sin embargo, sobre esta capacidad se hablará en el tercer capítulo, razón por la cual no mencionaré más sobre ella por el momento.

Finalmente, la autora presenta algo sobre la corporalidad de las emociones, sosteniendo que toda emoción tiene un correlato físico: los palpitos del corazón pueden variar, al igual que la respuesta frente a la emoción puede ser diferente, por ejemplo, migraña frente a la ira, dolor de estómago frente a la ansiedad, entre otros. Como seres socio-políticos y éticos, las emociones, como asunto nuestro, también lo son. Precisamente, por esto conducen a cuestionarse sobre qué emociones y de qué forma vale la pena sentir. Así, hemos de conceder que toda experiencia humana se encarna y, por tanto, se realiza en algún tipo de proceso material. En este sentido, todas las emociones humanas son procesos corporales (Nussbaum, 2008)

En el cuarto capítulo, Nussbaum (2008) nos hace partícipes de su historia desde el comienzo, pues empieza contando cómo vivió los días recientes a la muerte de su madre, en los que tuvo muchos sueños con ella, y siempre, en esos sueños era transportada a sus recuerdos de la niñez. La niñez es el espacio donde se crean la mayoría de recuerdos, y también la mayoría de necesidades, como por ejemplo una muy importante, la de



protección. En la infancia estas necesidades buscan ser satisfechas por los cuidadores, ya sean padre, madre o alguna otra persona, mientras que en la adultez buscan su satisfacción de otras maneras.

Las emociones son entonces consecuencias o resultados de algo que sucedió en el pasado y en su mayoría tienen su nacimiento en alguna experiencia de la infancia, es por esto que es necesario estudiarla; la historia de un humano, no se entiende correctamente hasta que no se entienda su infancia. El contenido cognitivo de las emociones yace en la infancia y en la historia que envuelve la primera vez que se sintió esa emoción. En palabras de la autora, “las valoraciones asociadas con las emociones son evaluadas desde mi perspectiva, no desde un punto de vista imparcial; encierran una referencia eliminable al yo” (Nussbaum, 2008, p. 75).

En este capítulo también profundiza sobre la importancia que tienen los cuidadores en la vivencia de los infantes, -como ya fue mencionado y cuyas consecuencias se abordarán más adelante-, especialmente en propiciarle seguridad, puesto que el bebé nace completamente indefenso en un mundo donde todo parece peligroso, y donde su cuidador se convierte en una extensión de su vida hasta que, con el tiempo, las vivencias y los límites, puede ir reconociéndose como individuo.

Para que este reconocimiento de la propia individualidad sea posible, es necesario que desde su nacimiento se le reconozca al bebé su omnipotencia, es decir, su lugar de ser completamente dependiente, y el reconocimiento de sus necesidades. Es en ese proceso de reconocimiento donde se forjan las emociones; así, los límites y respeto de los procesos son fundamentales para evitar traumas u otras situaciones, y la responsabilidad de quien lo cuida es muy grande, pues no respetar los límites, o no ponerlos, puede determinar la vida emocional del humano.

Finalmente, lo último que me parece importante mencionar en este resumen, es que la autora sostiene que las emociones han sido atribuidas culturalmente a cuestiones de género, lo cual ha traído muchos problemas emocionales que se han evidenciado en el funcionamiento de la sociedad. También arguye que se le han asignado juicios de valor a las emociones, cuestión que ha generado una sociedad emocionalmente “compleja”.

### **1. La pregunta por la naturalización de la transgresión y su interdependencia con la naturalización de la violencia.**

El problema de investigación, como mencioné en la introducción, tiene su raíz en la pregunta constante que surge en mí sobre, por qué los seres humanos, por lo menos en mi país, somos tan violentos. Después de observar, indagar y querer profundizar más al respecto, me encuentro con que hemos naturalizado la violencia<sup>9</sup>, y lo hemos hecho desde la infancia; la naturalización de esa violencia, debe entenderse como la naturalización de la transgresión, de diversas cosas, pero principalmente, de los límites, y es de eso en lo que intentaré centrarme.

Veamos, en un principio, pensaba que la violencia se había naturalizado porque se había naturalizado la transgresión de los límites; sin embargo, gracias a mi investigación ahora creo que existe una interdependencia entre ambos fenómenos, es decir, que esa transgresión de los límites ha resultado en una naturalización de la violencia, pero al mismo tiempo esa violencia ha permitido la naturalización de la transgresión de los límites, pues el hecho de transgredir los límites es ya un acto violento.

Según la RAE, transgredir se refiere a quebrantar o violar un precepto, una ley o un estatuto. Entonces, cuando hablo de transgresión me refiero a la acción disruptiva de alguien sobre otro, que rompe una pauta. Para este caso, me centraré en la transgresión de los límites, o sea, en la violación de las disposiciones propias e íntimas que reivindican la dignidad de un individuo. Para Martha Nussbaum (2008), la transgresión es considerada un comportamiento no aceptado, maltratador y nocivo que perjudica y no permite tener una relación armoniosa.

Ahora, cuando me refiero a naturalización, hablo de apropiarse, interiorizar y aceptar una actitud o comportamiento. En este caso, obviando las consecuencias morales que pueda tener, haciéndolo parte del desarrollo familiar, emocional, individual, cultural, entre otros. Entonces, la naturalización de la transgresión de los límites, es un accionar que se interiorizó culturalmente, y que ha traído consecuencias directas en las vivencias culturales, como lo ha sido cierta forma de violencia<sup>10</sup> (aquella referida al maltrato), pero del mismo modo esta violencia ha sido consecuencia, como he dicho, de haber naturalizado otro tipo de violencia que es aquella que irrumpe y transgrede los límites que

---

<sup>9</sup> Según la RAE: Acción y efecto de violentar o violentarse. f. Acción violenta o contra el natural modo de proceder.

<sup>10</sup> Con esta mención de violencia, me refiero a una violencia de tipo agresivo, según la cual se irrumpe en el otro, sin su aceptación, se maltrata no sólo físicamente, sino de las demás formas, y no se respeta el derecho a la vida.

hacen parte de la intimidad individual y que ha llevado a que no se respeten los derechos fundamentales de los seres humanos.

Sin embargo, este comportamiento de transgresión se ha forjado como cuestiones morales y éticas, entonces es difícil desligar estos comportamientos de la cultura. “Las creencias relativas a cuestiones del valor, son difíciles de socavar” (Nussbaum, 2008, p.59).

Por otro lado, quisiera compartir uno de los significados de violencia sobre el que me parece importante reflexionar. Según la RAE, la violencia es definida como una “acción violenta o contra el natural modo de proceder” (RAE, s.f.). ¿Qué pasa entonces si siempre actuamos contra ese modo natural de proceder? ¿Qué pasa si la violencia es ya el modo natural de proceder? ¿Deberíamos aplicarle un cambio a esa definición?, o de igual manera ¿podemos considerar que somos violentos porque actuamos del modo contrario al natural?

Quisiera dejar el párrafo anterior a reflexión, para continuar hablando más sobre esa naturalización con algunos ejemplos que han ocurrido en mi país y me han motivado a hacer esta investigación. Esa naturalización se encuentra en actos tan ordinarios como aquellos en los que, tras cortarme el cabello una señora de regreso a casa se me acerca para decirme que debo lavarme bien la espalda porque estoy llena de cabello, o cuando mi abuela me ofrece comida y, aunque le digo que no quiero, me sirve. Un último ejemplo es aquel en el que cuando me invitan a salir, y digo que no, me cuestionan por qué no quiero ir, pero cuando digo que sí no lo hacen.

Son ese tipo de acciones las que, de forma muy sutil, van transgrediendo mis límites. Hemos naturalizado tanto el irrespetar la intimidad del otro que una persona desconocida se cree con la potestad de opinar sobre mi cuerpo o sobre cómo debo vestirme, sobre cómo me veo mejor, según su juicio, un juicio que yo no le he pedido. Y si le pido respeto o que no opine, entonces esa respuesta es considerada grosera, pues exigir respeto por los límites propios, es una falta de respeto de acuerdo con los usos culturales de este país.

De la misma forma, cuando me presionan para hacer algo que no quiero están irrespetando mis límites, pues pareciera que estoy obligada a hacer lo que el otro quiera, en este caso mi abuela, y su acción deja por sentado que mis límites no deben ser respetados, si van en contra de lo que ella quiere.

Por otro lado, normalmente, se cuestiona cuando la respuesta a algo es negativa, como si yo estuviese en el deber de aceptar o hacer lo que otra persona quiere que haga, porque me está teniendo en cuenta. Pero cuándo acepto o estoy de acuerdo con el otro normalmente no existe un cuestionamiento. Parece entonces que sólo bajo la negativa que incomoda al otro vale la pena cuestionar, y esto transgrede los límites, porque este cuestionamiento se hace en forma de exigencia, como si se diera por sentado que debo estar de acuerdo. Mis decisiones, frente a ese tipo de cosas, no deberían ponerse en cuestión.

Esas situaciones, que parecen simples y poco problemáticas, van dando paso a que se transgredan poco a poco los límites y a que se naturalice, porque esas situaciones se extrapolan a momentos más íntimos que comprometen cuestiones morales, como nuestras emociones, las cuales tienen gran responsabilidad en nuestro desenvolvimiento moral. Es por eso que permitir que esas cuestiones simples y sin importancia sean transgredidas, ha dado paso a que también los demás opinen y decidan sobre nuestra emocionalidad, ya sea invalidándola, forzándola o juzgándola.

Las emociones, han sido consideradas una cuestión sin mucha importancia. Han sido siempre juzgadas, discutidas, pero poco se ha hablado realmente sobre ellas en el ámbito de la filosofía, u otras humanidades, diferente a la psicología. Resulta que las emociones, no son simples respuestas mentales a ciertas situaciones, pues, por el contrario, son uno de los mecanismos de cognición más complejos e importantes que tenemos los seres humanos para nuestro desenvolvimiento social.

Para Nussbaum (2008), “las emociones, no encarnan simplemente formas de percibir un objeto, sino creencias, a menudo muy complejas, acerca del mismo” (p.51). Es decir que las emociones, también son las concepciones que tenemos sobre algo o alguien, no simplemente un acto netamente sensitivo. Según esto, se puede decir que las emociones encarnan también gran responsabilidad en nuestro desarrollo moral, pues no contienen simplemente percepciones, sino concepciones; por ello, dejan de ser una “respuesta sensorial” frente a un estímulo y se convierten en una cuestión que acompaña nuestro actuar y decidir.

Ahora, ¿qué es lo que ha pasado cuando ese espacio que carga gran parte de responsabilidad en nuestro desarrollo moral ha sido transgredido? Pues, al generarle diferentes cargas a la expresión y percepción de las emociones, ha concluido en lo que

quiero denominar “enfermedad emocional”<sup>11</sup>, derivada de esa “enfermedad de los límites”<sup>12</sup>.

La limitación enfermiza de la emocionalidad ha sido culturalmente una situación problemática. Empezando desde la clasificación que se ha tenido de las emociones, entre positivas y negativas, hasta la atribución de las mismas a una cuestión de género. Para ser más clara, las emociones consideradas positivas, son aquellas que giran en torno a lo que nos han presentado como felicidad, y las negativas, a la tristeza. Es así como la alegría, el amor o la felicidad, son emociones deseadas, y, al contrario, la ira, la venganza, la tristeza, entre otras, no lo son.

Las emociones son una forma de juicio valorativo que atribuye a ciertas cosas y personas fuera del control del ser humano una gran importancia para el florecimiento del mismo. De esta manera, las emociones son efectivamente un reconocimiento de nuestras necesidades y de nuestra falta de autosuficiencia. (Nussbaum, 2008, p. 44).

La concepción de la “inteligencia emocional” ha crecido tendencialmente en los últimos años y se refiere a la capacidad de conocer nuestras propias emociones y sentimientos, y cómo influyen sobre nosotros; la intención de tener inteligencia emocional es lograr un equilibrio entre mente y cuerpo, un dominio asertivo de nuestras propias emociones, para conocerlas y conocernos.

Sin embargo, parece que esa no es la concepción común del entorno; por el contrario, parece que se concibe como una necesidad de inhibir las emociones, de llevarlas al extremo de la prohibición, pues se ha dado por hecho que las emociones son energías desbordadas que nos alejan de nosotros mismos, sin saber que somos lo que somos gracias a lo que sentimos, y viceversa, porque las emociones son una fuente principal de conocimiento.

Esa creencia según la cual debe generarse una inteligencia frente a las emociones se refuerza en la necesidad de pensar que las emociones nos hacen vulnerables y que la vulnerabilidad es indeseada. Desde pequeños, se nos fuerza a creer que nadie debe o quiere ser vulnerable porque de esa manera somos lastimados. Sin embargo, esa

---

<sup>11</sup> Me refiero a que estamos enfermos de las emociones, porque algunas las cohibimos completamente y otras nos desbordan. No logramos manejar un equilibrio sano, permitimos un extremismo tóxico, enfermizo.

<sup>12</sup> Somos un país enfermo de los límites, porque o los transgredimos o los prohibimos, pero no hemos encontrado aún ese punto medio de respeto y armonía. Por ejemplo, un padre o es muy amoroso con su hijo cuando está de acuerdo, o es agresivo y le prohíbe que haga algo cuando tiene una reacción que le incomoda.

vulnerabilidad es necesaria y natural como seres humanos con necesidades, sin que ello quiera decir que esa vulnerabilidad deba ser sinónimo de daño. Realmente el daño es ocasionado por esa trasgresión de los límites que pretende, incluso, dar permiso para sentir ciertas emociones.

Establecer que las emociones tienen un alto contenido cognitivo-emocional ayuda a disipar una objeción a las mismas en tanto elementos de la deliberación; concretamente, la objeción de que las emociones son fuerzas ciegas que carecen de todo discernimiento e inteligencia. (Nussbaum, 2008, pág. 32).

A continuación, presentaré 3 apartados, donde me centraré en el tema central de esta tesis, la infancia. Lo haré hablando principalmente sobre los límites, dejando lo anterior como un espacio necesario para aclarar y contextualizar esos apartados.

### **1.1.Límite: Dignificación e individuo.**

La historia del nacimiento humano es la historia de un ser sensible que sale de un útero de seguro narcisismo a la dura sensación de encontrarse a la deriva en un mundo de objetos, un mundo que él no ha hecho y que no controla (...) El dolor físico no es nada en comparación con la aterradora consciencia de la indefensión, casi insoportable sin el cobijo de un sueño que recuerde al seno materno (...) sin la inteligencia de las emociones tenemos pocas posibilidades de enfrentarnos bien a ese problema. (Nussbaum, 2008, p. 37)

A lo largo de la primera parte del libro, Martha Nussbaum (2008), presenta lo que parecen condiciones necesarias para lograr un desarrollo asertivo en el infante y evitar, en gran medida, generarle traumas. En su mayoría, estas condiciones dignifican al individuo desde su nacimiento, principalmente con el reconocimiento de sus necesidades.

Esas necesidades, tanto fisiológicas como emocionales, deben ser provistas por el o la cuidadora, llámese padre, madre o alguien diferente. Este debe encargarse de suplir todas las necesidades del bebé y de reconocer su omnipotencia, esto es, que sea concebido como el centro del mundo y que todas sus necesidades, entre ellas la de seguridad -que es fundamental, pues a tan temprana edad el bebé no concibe su individualidad-; es por esto, que su cuidador no solo debe suplirle esas necesidades, sino también demostrarle el respeto de sus límites y el respeto de su emocionalidad, porque sólo de esa forma salvaguarda su dignidad.

El primer mecanismo de comunicación del infante es el llanto. Ese llanto es la respuesta a todas sus necesidades: al hambre, al dolor, a la soledad, a la atención, al aburrimiento; el llanto es, por lo tanto, el medio de comunicación del niño con el mundo desconocido al que le es esquivo. Ese llanto, es la herramienta que avisa alguna necesidad, pero también, es la primera acción motivada por las emociones y sensaciones que el niño conoce, es decir, es su primera respuesta emocional. Es por esto, que respetar el llanto como herramienta y fin del infante es fundamental en el respeto de los límites, pues de este surgen sus primeros desarrollos emocionales.

El cuidador debe respetar las necesidades niño siendo consciente de que en un principio no existe otra forma para comunicarla, que no sea mediante el llanto. Allí nace la importancia de desarrollar paciencia en la crianza del infante, pues su llanto no debe ser oprimido, ni tampoco percibirse como una molestia; quien espere que un infante no llore está queriendo atentar contra la naturaleza.

Entonces, respetar sus límites es también ir supliendo todas sus necesidades, pero, poco a poco, cuando empiece a tener otras capacidades de reconocimiento, ir soltándolas, y dejarle a su libre capacidad de conocer y desarrollarse. Es importante, que el cuidador deje al bebé investigar y construir su propio mundo sin soltarlo cuando no esté listo, pues generaría en él una inseguridad inmensa en el mundo, lo que daría paso a la aparición de muchos conflictos emocionales, ni suplirle todas sus necesidades, porque lo vuelve incapaz de desarrollar su individualidad, que es precisamente lo que lo dignifica.

El bebé con mesura se da cuenta que su cuidador no es una extensión suya y allí empieza a comprender su individualidad, pero para esto es necesario el apoyo externo, lleno de paciencia. Sin embargo, es una cualidad que, al parecer, es escasa en este país y que se demuestra en la incapacidad de permitir el desarrollo del bebé en su propio tiempo. Entre diversas cosas, ello se evidencia mediante el lenguaje.

Por un lado, están las actitudes de los cuidadores, que pretender dársele todo al infante, lo que impide o fuerza un desarrollo que queda incompleto. Por ejemplo, estas actitudes se revelan mediante el lenguaje, que es un espacio fundamental, pues se relaciona con la creación y comprensión del mundo en la medida en que cuando el bebé señala algo, empieza a balbucear, y muchos cuidadores no le permiten ese espacio de descubrimiento que exhibe un carácter autodidacta, pues inmediatamente le dicen la palabra o cuando la dice se la corrigen.

El infante, necesita construir y descubrir su propio mundo. Si el infante encuentra otra palabra o proceso diferente del común para llegar al mismo fin tiene una apertura mayor de su mundo, y eso no debería serle negado. Sin embargo, con la presión de corregirlo y siguiendo un pensamiento tan “cuadrulado”<sup>13</sup>, los cuidadores le quitan la oportunidad creativa e imaginativa de construir su propio mundo y lo guían a concebir el mundo de sus cuidadores. Al hacerlo, le están quitando esa posibilidad de imaginarse el mundo, una posibilidad potenciada en la infancia.

También, les generan una urgencia de utilizar cierto lenguaje en plena construcción del mundo, de tal suerte que si el infante dice una palabra que es considerada “grosera” o “vulgar”, lo callan o lo regañan como si el infante tuviese la concepción moral de que las palabras tienen esos juicios de valor. De igual manera, considero que debería ofrecérsele un espacio al infante para que descubra el mundo a su medida hasta que genere ese tipo de consciencia, que no se forma mediante regaños, sino, mediante la explicación.

Por otro lado, los cuidadores pueden no respetar las necesidades del infante, lo cual genera consecuencias nefastas en su emocionalidad, cuando, por ejemplo, el niño llora y lo callan y lo rechazan, o cuando llora e inmediatamente le transmiten preocupación, o cuando lo felicitan cuando no llora. El callarlo, rechazarlo, o premiarlo por actuar en contra de su naturaleza, genera en él inseguridad, pues recibe rechazo por parte de quien debe proveerle toda la seguridad y como consecuencia en el resto de su vida, puede traer la represión de sus emociones, o rigidez, pues quererlo siempre sin llanto, es quitarle su fuente de comunicación y desproveerlo de dignidad, al no respetar su identidad como infante.

Este tipo de actitudes se manifiestan, por ejemplo, en escenas como aquellas en las que algunas personas ven llorar a un niño y lo callan o le gritan y le dicen que no moleste. Parece que realmente no tienen la capacidad de comprender el significado de un infante, de la infancia, o lo que es generar vida, y las responsabilidades morales que conllevan. Sin embargo, sobre esto hablaré en otro apartado.

Las emociones se centran en nuestros objetivos propios y representan el mundo desde la perspectiva de dichos objetivos y proyectos antes que desde un punto de vista estrictamente imparcial. Por otra parte, se desarrollan en relación con apegos

---

<sup>13</sup> Me refiero a un pensamiento en el que no hay espacio para matices. Solo se aceptan y se conciben las cosas que estén dichas y hechas, no hay espacio para la creatividad o para imaginarse otros mundos posibles, que no sean conocidos por esa persona.



extremadamente estrechos e íntimos, y mi explicación histórica sugiere que tales vínculos tempranos y muy particulares proyectan su sombra sobre las relaciones de objeto posteriores. (Nussbaum, 2008, p. 33)

Sostengo que la dignidad de un ser humano sólo se logra reconociendo sus necesidades, desde su nacimiento y mediante la posición del cuidador, reconociéndolo como igual. En otras palabras, respetando sus procesos, pero principalmente respetando su emocionalidad, no sólo cuando recién nace, sino también en el resto de su niñez o juventud, respetando las necesidades emocionales del otro.

Sin embargo, he notado en distintos espacios que en mi país no existe ese respeto frente a los procesos y necesidades del otro. Por ejemplo, he crecido escuchando que las madres de mis amigos suelen decirles cuando sufren su primer rompimiento y lloran que: “espere a que yo me muera para que tenga algo por qué llorar”, invalidando por completo las emociones del otro, transgrediendo los límites de la emocionalidad del otro, presionándolo para que no conciba sus emociones como las siente. Es de esta forma que hemos crecido con una enfermedad emocional. Incluso cuando las emociones no deben compararse, pues son espacios de completa intimidad. En palabras de la autora: “las emociones perciben el mundo desde el punto de vista del sujeto, trasladando los acontecimientos a la noción de este de lo que posee valor o importancia de carácter personal” (Nussbaum, 2008, p. 55)

Ahora, para concluir este apartado, me gustaría comentar que los límites dignifican porque son aquello que dan paso a mi propio reconocimiento como individuo; esto es, me permiten un reconocimiento emocional, físico, individual. Me reconozco mediante mi propia emocionalidad, gracias a que tengo un límite que me separa del otro y esa separación me reivindica como uno. Es por esto, que tal transgresión de los límites desdignifica, pues borra esa frontera de ser un sujeto propio, merecedor de derechos y reconocimiento.

## **1.2. Límites o fronteras: La superación de la transgresión. ¿Qué significa o cuál es la sabiduría moral del límite?**

En primer lugar, considero pertinente referirme a la etimología de la palabra límite. Esta proviene del latín *limes*, que significaba frontera y designaba originalmente

cualquier límite vigilado por patrullas fronterizas y destinado a separar diferentes propiedades, para así proteger los bienes propios y comunes.

Ahora, quiero presentar ciertas cuestiones en las que concibo ese límite, a saber: el cuerpo, como espacio moral y limítrofe; el cinismo moral como consecuencia de la transgresión de los límites; y la aprehensión del límite como posibilidad de superación de la naturalización de la transgresión.

Hablar de límites es hablar de una frontera que separa una propiedad de otra. Concebirlo tal y como su etimología lo presenta me permite entonces presentar que el cuerpo es el primer límite, pues en él se alberga la vida, la consciencia<sup>14</sup>, y la individualidad. Es por esto que mi cuerpo, que me pertenece sólo a mí, debe ser el primer espacio de reconocimiento de individualidad.

Es el cuerpo el que me permite individualizarme. Entender que el otro no soy yo, que estamos separados. Esto es justamente lo que parece transgredirse, pues siempre estamos orientados a juzgar, a leer al otro bajo nuestros propios predicados, a leer al niño con complementos adultocéntricos, pero no reconociendo nuestra y su individualidad. Esto es problemático porque cuando leo al otro bajo mis propios parámetros estoy dando por sentado que tengo potestad sobre él y ahí estoy derrumbando también mi propio límite.

Desde el nacimiento se aprecia la transgresión del límite primario, que es el cuerpo individual, pues esta ha sido legitimada por una comprensión de la familia como la primera institución que tiene permitido transgredir los límites, y con ello los preceptos morales en formación. Esto, debido a que a la familia se le permite opinar y decidir sobre el otro bajo el nombre del amor, el respeto o el cuidado. Entonces, se justifica el maltrato, ya sea físico o emocional, bajo la premisa de “lo hago o lo digo por tu bien”.

Lo anterior, se ve reflejado, en situaciones que parecen simples, como, por ejemplo, la expresión de la personalidad, algo como la elección de la ropa o el corte del cabello o la forma en la que porta sus uñas. Cuando el niño empieza a tener la capacidad de elegir, por ejemplo, cómo vestirse, al ver esa acción siempre en su cuidador, quien se convierte en parte de su familia, o qué juguete elegir y el cuidador decide elegir por él en lugar de permitirle la libertad de elección, está grabando en él una necesidad de ceder sus

---

<sup>14</sup> Incluso si se presentase algún caso de doble consciencia en un mismo cuerpo, seguiría siendo el cuerpo el primer límite de cada una.

decisiones a alguien más, o le genera una reacción inconsciente en la que entiende que si algún miembro de su núcleo familiar quiere decidir por él, debe permitirlo.

Este tipo de comportamientos empiezan a extrapolarse a otro tipo de acciones que se van legitimando con el tiempo, ya sea el permitir que la familia opine sobre su personalidad o sobre su cuerpo, de tal suerte que aunque genere traumas al niño y constituya una clara transgresión de sus límites, se permite bajo la premisa de que la familia tiene el derecho moral de expresarse, incluso, aunque estas “opiniones” transgredan al otro.

Parece entonces, que la institución de la familia, está por delante del reconocimiento de la individualidad, lo que constituye una negación al reconocimiento de la dignidad del otro, pues antes que cualquier cosa el reconocimiento del otro como individuo debe primar, pues es realmente allí donde se encuentra la dignidad, en la aceptación individual del otro como sujeto con límites que nadie debe transgredir, mucho menos la familia como institución que pretende velar por nuestro bienestar.

Ahora, permitir la transgresión del límite del cuerpo es lo que ha dado lugar al maltrato y abuso del otro. La permisión de pasar sobre el primer límite del otro desde la infancia conduce a la existencia de consecuencias tan deplorables que rompen completamente la dignidad del otro, como el abuso sexual o el maltrato físico. Cuestiones que se han replicado notablemente en nuestros tiempos, en la infancia, y que son responsables de daños inmensos a la dignidad.

Es por esto, que nadie debería permitir que se sobrepase el límite primero de los demás, especialmente en la infancia, que es el momento en el que formamos nuestras concepciones, porque cuando a un niño se le ha permitido que su familia sobrepase e irrespete el límite de su cuerpo, de su individualidad y de su dignidad, se le está enseñando que puede permitir que otros lo hagan también. Es por esto que nadie debería sobrepasar los límites del otro, por lo que se vuelve fundamental cambiar la percepción que se tiene sobre la familia como institución con el derecho a transgredir los límites y los valores de los demás.

Es en el contexto de la familia como institución que me parece fundamental referirme al cinismo moral. Por ello entiendo aquella actitud que se ve y se ha visto mucho en mi país, en la cotidianidad, en las esferas privadas que se extrapolan a las esferas públicas. El cinismo moral, es la actitud de defensa de una actitud descarada o deshonestas

y que es concebida como errónea. En la esfera política, esa actitud se ve reflejada, por ejemplo, en los actos de corrupción que son avalados o los errores que no se asumen, sino que se justifican; aquí el problema radica en que, en el aspecto privado, funciona de la misma manera. Entonces, la familia se encarga de avalar y justificar u ocultar esos comportamientos que lastiman al otro, en nombre de proteger el vínculo familiar cueste lo que cueste.

De esta forma, se ha avalado la transgresión de los límites del otro, de tal suerte que se justifican los feminicidios, la pederastia, la corrupción y todos los delitos que resultan de la transgresión del límite privado del otro. Y es por esto, por el desarrollo y aceptación de esas cuestiones en el actuar, que vivimos bajo condiciones tan complicadas y nefastas para todos desde la infancia, porque hemos basado nuestros preceptos morales en la transgresión de los límites.

Finalmente, la aprehensión del límite, es decir, tomar e interiorizar el concepto del límite como necesidad y herramienta de dignificación, nos permitiría, con el tiempo, ir superando la naturalización que hemos aprendido de la transgresión de los propios límites. Es decir, parece que sólo entendiendo la importancia del límite, aplicándolo y respetándolo, es que lograremos encontrar una salida a la naturalización que ya hemos aceptado de la transgresión del mismo, que también nos ha llevado a permitir y vivir la violencia.

En suma, el límite es fundamental para dignificar, porque la dignidad sólo se alcanza reconociendo al otro en su individualidad. Porque el otro es diferente es que yo lo respeto, lo dignifico y, de la misma manera, reconociendo al otro, me reconozco también como individuo.

## **1.2 Límite y emoción: <sup>15</sup>**

En este último apartado, quiero enfocarme en tres cosas: la limitación de la emocionalidad; el papel de la corporalidad en la emoción; y la responsabilidad de la paternidad en esta cuestión.

---

<sup>15</sup> <sup>15</sup> Con el ánimo de evitar confusiones, me parece importante resaltar que la tesis presente no tiene la intención de ser una tesis sobre la filosofía de las emociones, o sobre filosofía política o ética; en contraste, se trata de una tesis de estética, porque tiene que ver con la visión creativa de la emocionalidad humana; por lo tanto, no pretendo ni me interesa hablar sobre las narrativas de vida, o sobre deberes o algo similar, sino sobre lo que acontece en el universo creativo y proyectivo humano.

Vivimos en una cultura, en la que la vulnerabilidad siempre se ha visto como un problema. Al principio de este capítulo comenté que parece que le tememos a la vulnerabilidad porque es una condición que permitiría que nos hagan daño; sin embargo, me gustaría sostener que la vulnerabilidad no es la causante de ese problema, sino la transgresión de los límites, que no respetan al otro y que da lugar a una disrupción que lastima.

Culturalmente, las emociones son atribuidas a un género: del género masculino, se espera mayor serenidad, poca expresión de las emociones y que, de expresarse, sean aquellas como la ira, o emociones “fuertes”, que evoquen “poder”. Por otro lado, al género femenino se le atribuye mayor “vulnerabilidad”, es decir, se espera que la mujer demuestre más las emociones y se le suele asociar con emociones como la tristeza o la euforia, como si siempre la rodease un halo de dolor.

Ciertamente, esas percepciones han generado muchas enfermedades emocionales, y físicas, pues las emociones son cuestiones corporales también y aquello que no se expresa, no se sana y enferma:

Hemos de conceder que toda experiencia humana se encarna, y, por tanto, se realiza en algún tipo de proceso material. En este sentido, todas las emociones humanas son procesos corporales. (Nussbaum, 2008, p. 81)

Bien dice Nussbaum (2008), que toda experiencia humana se encarna; es por esto que, como seres sintientes, vivimos bajo nuestros preceptos emocionales, pues es de esta manera que los conocemos. No obstante, el género no ha sido la única variable a partir de la cual se explican las emociones, sino también las etapas de la vida, según las cuales se espera que los humanos dejen de sentir o aprendan a controlar aquellas emociones.

Sin embargo, esto no sucede, pues, por el contrario, en la medida en que crecemos la experiencia nos dota de más emociones, porque las desarrollamos como mecanismo de defensa ante las situaciones desconocidas y luego conocidas.

El punto es que en la infancia desarrollamos todas esas emociones y todos esos mecanismos para enfrentarnos a la vida, pero como seres emocionales, sintientes, nuestra personalidad y manera de relacionarnos y el manejo de la emocionalidad es fundamental. Es allí donde se da lugar a la represión por parte de los cuidadores, pero también del entorno, ya sean amigos, o desconocidos que sobrepasan los límites con comentarios o

acciones que generan reacciones traumáticas al niño, quien decide empezar a reprimir su emocionalidad.

Por ejemplo, cuando el niño (género masculino) es cariñoso o decide llorar frente a los demás, empieza a recibir comentarios, como “eso es de niñas” o “eso no lo hace un hombre”, o “los hombres no lloran”, a lo que el niño, si se identifica con tales características, al estar inscrito en una cultura machista, decidirá dejar de actuar así. Las consecuencias que todas estas presiones han generado en nuestra sociedad han conducido a que los hombres se suiciden más que las mujeres, porque se les ha prohibido su derecho legítimo de sentir y expresar sus emociones.

De la misma manera, se ha permitido que el género masculino, se desenvuelva en ciertos aspectos bajo actitudes violentas, lo que ha concluido en la naturalización de la violencia de género, en la cual el género femenino se ha visto muy lastimado; a su vez, esta misma cultura de naturalización de la violencia ha generado que poco se hable de la violencia infringida al género masculino y que se siga naturalizando frente al femenino, pues se da por sentada.

Ahora, existe una gran responsabilidad en la paternidad<sup>16</sup>, pues un infante desde su nacimiento recibe todos los preceptos que son sostenido por sus cuidadores, quienes a su vez están formados en la cultura de naturalización de la transgresión y la violencia. De ser así, el infante posiblemente deba vivir bajo los mismos preceptos, según los cuales no le será respetada su dignidad.

La infancia, más que una etapa, es una condición que nos acompañará durante toda nuestra vida, pues no sólo comprende una cuestión de tiempo, sino también todo el espacio que nos permite desenvolvernos, reconocernos como individuos en un mundo hostil.

Las emociones están con nosotros desde nuestro nacimiento; son impulsos que nos dan vida y que nos permiten conocer lo que tenemos alrededor, razón por la que respetar esa emocionalidad es fundamental, pues es la única forma en la que se respeta la dignidad.

Por mi parte, leyendo a Nussbaum (2008), pude reconocer situaciones similares en mí. Especialmente en los apartados en los que ella narra los días recientes a la muerte

---

<sup>16</sup> Paternidad, maternidad, etc. El papel de cuidador, padre, madre, o demás que cumplan la función.

de su madre, situación que la impulsó a escribir el libro, pues durante esos días soñaba siempre con ella, y sus sueños eran sobre su infancia y los recuerdos que tenía sobre su madre. En mi caso, he de reconocer que, si bien es cierto que vivimos situaciones diferentes, en lo que respecta a la experiencia de la muerte de la madre ambas tuvimos la misma conclusión.

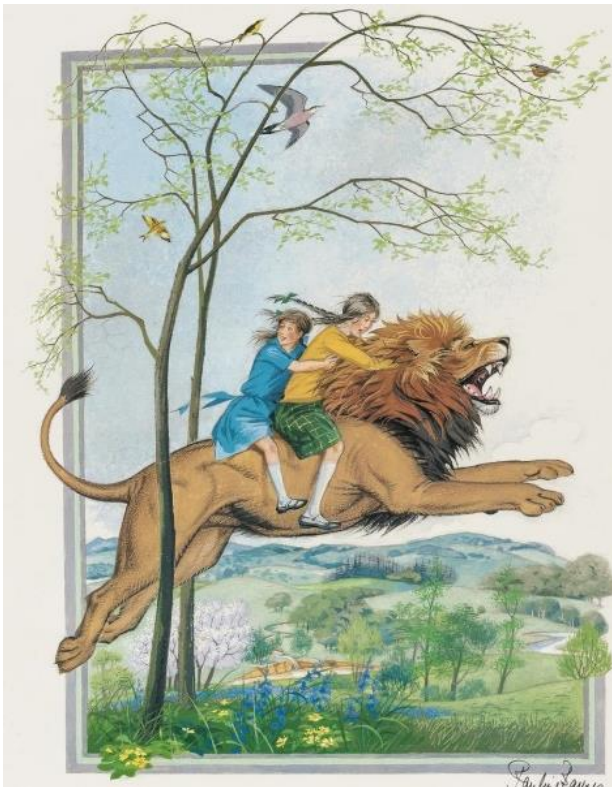
Cuando realicé mi proceso de duelo, siempre estaba en un constante recuerdo de mi madre cuando yo estaba pequeña, siempre me acordaba de todo lo que me había enseñado y por un tiempo parecía que las imágenes traumáticas que me marcaron, se habían ido y estaba rodeada de sus recuerdos siempre. Siempre estaré agradecida de haber tenido la oportunidad de vivir otro tipo de experiencia con mi madre; de ella puedo decir que fue la persona más hermosa y más increíble que he conocido y que su recuerdo y sus enseñanzas siempre quedarán conmigo, pero a ella le debo agradecer que siempre luchó para que yo pudiese tener una vida digna.

Es por eso que, durante un tiempo, el dolor era muy fuerte, porque mi amor por ella también lo era. Y siempre que pienso en ella pienso en mi infancia, porque siempre intentó brindarme una infancia en la que pudiera desarrollar lo que la mayoría de niños en mi entorno no pueden, a saber, el reconocimiento de la individualidad, y la comprensión de que mis cuestiones íntimas y morales están por encima de cualquier institución que intente transgredirlas.

Debido a que en la infancia es cuando se generan la mayoría de los recuerdos que nos acompañaran por toda la vida, es posible que yo pueda olvidarme de sus abrazos, pero jamás me olvidaré de lo que sentía cada vez que me abrazaba. Es por eso que la infancia merece otro reconocimiento, porque es la única etapa que jamás nos abandona.

Por lo tanto, esta investigación me ha permitido reflexionar sobre la paternidad y la necesidad de repensarla y cuestionarnos si estamos dispuestos a renunciar a tantos presupuestos, a deconstruirnos cultural y emocionalmente para poder dignificar la infancia que está a punto de nacer, y de marcar en ella toda su vida. Porque la paternidad es responsable de la dignidad, y no está hecha para cualquiera.

—Quiere decir —dijo Aslan— que, a pesar de que la Bruja sabía de la Magia Profunda, hay una magia más profunda aún que ella no conoce. Su saber llega sólo hasta el Amanecer del Tiempo. Pero si a ella le hubiera sido posible mirar más hacia atrás, en la oscuridad y la quietud, antes de que el Tiempo amaneciera, hubiese podido leer allí un encantamiento diferente. Y habría sabido que cuando una víctima voluntaria, que no ha cometido traición, es ejecutada en lugar de un traidor, la Mesa se quiebra y la Muerte misma comienza a trabajar hacia atrás. (Lewis, 1993, p.91)



**Figura 2.**

Nota: Aslan revivió.. Fuente:  
Pauline Baynes. (s. f.).



## Capítulo II

### Infancia: los riesgos del lenguaje que invalida

Para hablar de dignidad, me es preciso indagar si realmente los habitantes de este país son dignos; en último término, este problema apunta a si la dignidad es un concepto meritorio, aplicable al ser humano por el simple hecho de existir, o si, por el contrario, es un concepto que sólo se aplica bajo ciertas condiciones.

Al respecto, me parece conveniente indicar que en el contexto de un país en el que, a diferencia de otros, la dignidad parece no ser un derecho otorgado por el simple hecho de existir, la dignidad en Colombia se asemeja a un privilegio<sup>17</sup>. Para hablar sobre dignidad como semejanza a un privilegio, también es importante mencionar, que al parecer no es el único derecho vulnerado, sino que, por el contrario, gran parte de estos derechos son vulnerados a la población y esta, la ha naturalizado inconscientemente.

Para ser merecedor de Derechos, se deben tener ciertas “cualidades”<sup>18</sup>. Si resalto esta palabra es porque considero conveniente señalar su sentido irónico, pues a veces parece que se necesita cierta clase de “suerte” para ser sujeto de derecho: “suerte” de nacer en un área urbana- si es posible que sea una cabecera municipal con importancia en el país-. El grupo étnico juega también un papel principal como criterio para la garantía de los derechos, en favor de los ciudadanos caucásicos. Por otro lado, la capacidad adquisitiva es necesaria, pues quien logre ubicarse entre los estratos más altos de la sociedad, va abriéndose espacio en la ciudadanía.

Las tres “cualidades” anteriores me parecen las más notorias. Sin embargo, hay diversos factores que afectan estas características, entre los cuales están: la edad, el género y lo que denominaré estatus. Por un lado, sólo quienes estén en una edad en la que se pueda explotar su capacidad de producción son tomados en cuenta, esto quiere decir que los niños y ancianos son los más invisibilizados. Por estatus me refiero a sectores de la población, que por diversas circunstancias también sufren las consecuencias de la *desdignificación*, como en el caso de las personas en condición de calle, personas que

---

<sup>17</sup> Según la RAE: “Exención de una obligación o ventaja exclusiva o especial que goza alguien por concesión de un superior o por determinada circunstancia propia” (RAE, s.f.)

<sup>18</sup> Entendida en el texto como una expresión irónica, pues una cualidad es una característica positiva que resalta en una persona, sin embargo, en el texto denotan expresiones clasistas, que son comprendidas por la comunidad como aspectos únicos aceptados.

tienen algún tipo de adicción, denominado por la comunidad como “vicio”<sup>19</sup>. Y, respecto al género, las mujeres y la comunidad LGBTI, se ven completamente opacadas debido a la configuración patriarcal de la sociedad colombiana.

Cada cultura es ante todo una determinada experiencia del tiempo y no es posible una nueva cultura sin una modificación de esa experiencia. Por tanto, la auténtica revolución ya no es simplemente “cambiar el mundo”, sino también y sobre todo “cambiar el tiempo”. Agamben, (2018)

En este capítulo, me centraré principalmente en la infancia y enfocaré la discusión en la dignificación de la infancia a partir de algunas comprensiones de Giorgio Agamben (2018), para abordar desde su mirada cómo en el espacio creador de bases emocionales, racionales, y físicas se desdignifica la infancia mediante el lenguaje.

Entre las diferentes etapas de desarrollo que enfrentamos como personas, la infancia presenta un problema latente, tanto para la filosofía como para las demás humanidades. Por ejemplo, para el forjamiento de la sociedad la poca importancia que se le ha dado a la infancia ha traído como consecuencia grandes problemas, pues tal parece que el único lugar en el que ha tenido inferencia ha sido en la psicología.

De ahí que represente un momento problemático, puesto que es en él que se forjan todas las bases necesarias para el desarrollo sensible de las personas<sup>20</sup>; la creciente deslegitimación de los derechos fundamentales en esta etapa desdignifica a los infantes y genera daños estructurales en nuestra sociedad. Por lo tanto, me parece fundamental recurrir a la reflexión de la dignificación de la infancia, especialmente porque nunca ha sido un objeto de preocupación y, a mi juicio, la infancia necesita ser dignificada y resignificada.

El hecho de que la dignidad sea un privilegio y la infancia no lo posea, deslegitima también toda posibilidad de darle valor a cualquier acto que realice un niño. Esto conduce a que la infancia se vuelva foco de menosprecio, violencia, olvido, deshonra y vergüenza; mediante estos focos, han sido permitidos diferentes tendencias de intolerancia como el racismo, clasismo, o autoritarismo, los cuales han roto la sociedad, afectando

---

<sup>19</sup> Comprendido como cualquier acción repetida, que genera adicción, dependencia y tiene, primeramente, una connotación negativa en la sociedad.

<sup>20</sup> Vivencia respecto a la manera de desenvolverse en el acto de vivir; afrontar la soledad, la convivencia. Forjar las bases del carácter.

principalmente a las comunidades más vulnerables<sup>21</sup>, y, han dejado en el olvido a la infancia.

Para explicar mejor lo anterior creo conveniente traer a colación el ejemplo de la relación inmediata de la infancia con el lenguaje, no solamente respecto a la creación de las bases morales, como lo pretende Agamben (2018), sino también respecto a la manera en que la sociedad ha sido cómplice en el atropello de la infancia. Esto tiene lugar en situaciones que son juzgadas con simplicidad, tales como el apuro del adulto por sacarle de la boca las palabras al niño- y todo lo que quiera decir queda inconcluso-, el afán adulto de controlarlo todo y su poco interés de respetar los procesos del infante. Al culminarse lo anterior lo único que dejan son problemas en el desarrollo o en la emancipación infantil del adulto.

La transgresión de la dignidad del infante también se presente en cuestiones del trato que es usado para hablar con ellos. Es común que se cambie el sonido de la voz cuando se habla con un niño, pues parece que no está a nuestra altura para entender con un trato más respetuoso. Aquí vuelve a emerger el afán adulto que transforma todos los pensamientos de los infantes y los convierte en cometas en el aire: los eleva hasta que se vayan, sin rastro de que hayan existido.

¿Será posible una infancia digna cuando el derecho a la palabra no es concebido? A pesar de que ello no parezca tener sentido para los adultos, quienes consideran que jamás ha vulnerado el derecho de un infante, parece que en realidad la palabra del niño ha sido casi siempre obviada, pues difícilmente un adulto es capaz de hacerse responsable por las consecuencias negativas en cuestiones emocionales- como traumas-, que la actitud autoritaria genera en el infante.

“El concepto de infancia, es pensar en los límites del lenguaje, pues «lo indecible» es aquello que el lenguaje presupone para significar”. Agamben (2018)

Desde el mundo adultocéntrico<sup>22</sup> en el que vivimos con tanta comodidad ha sido muy fácil olvidar las condiciones propias de la infancia, como si no hubiéramos pasado por ella, o como si quisiéramos hacerlo intencionalmente. El lenguaje que se ha proporcionado frente a lo que esté relacionado con la infancia ha sido objeto de burla o

---

<sup>21</sup> Como la infancia, tercera edad, comunidades LGBTI, habitantes de calle, entre otros.

<sup>22</sup> Denominaré así, a la concepción de que la adultez es la etapa central de la vida, la única que se dignifica, y donde el adulto tiene siempre la razón.

insulto. Las palabras “infante”, “niño”, “infantil”, “niñería”, carecen de valor, y además, son comprendidas como indicadores de menosprecio.

Al escribir este trabajo, recuerdo mi infancia, y los recuerdos que me vienen tienen un carácter despótico: recuerdo a mi abuela, sonriéndome cada vez que decía algo, o con su dedo índice en la nariz, indicando que me callara. Como si lo que dijera no valiera nada. Así, el uso de ciertos términos en el lenguaje común, refuerzan notoriamente la agresividad frente a la infancia; el reconocimiento de los términos que hacen referencia a la niñez como insultos o con menosprecio generan la ridiculización de la misma, y con esto la desdignificación de los infantes, pues no se les reconoce su valor como personas y, por el contrario, la ridiculización prima sobre su valor.

## **2.1 La concepción del término “niño” como insulto**

La discusión sobre el impacto del lenguaje en todos los ámbitos psicológicos de las personas ha sido fundamental. Gracias al avance en la investigación psicológica, se empieza a entender que el lenguaje tiene mucho impacto en la salud mental de las personas y empiezan a forjarse diferentes discusiones en torno al tema que aún se mantienen vigentes en el siglo XXI, pero que parecen no gozar de la importancia que deberían, o simplemente es otra consecuencia del comportamiento adoptado de la sociedad que no está interesada en comprender lo sustancial de las discusiones.

Por ejemplo, a pesar de la importancia del discurso sobre el feminismo y el lenguaje, que ha señalado que la manera en la que ser llamada “mujer” o “niña” no debería tener una connotación negativa, aún se siguen usando estos términos para señalar aspectos de forma despectiva. Así mismo, pese al surgimiento del movimiento feminista y de su lucha, que ha demostrado la importancia que el lenguaje tiene en la construcción de las relaciones sociales al interior de sociedades patriarcales, aún circulan comentarios como “¿va a llorar? Mucha niña”, “pelee como hombre”, “mucha nena”, entre otros, que revelan el machismo y la legitimación lingüística que se le ha dado a la violencia.

La aceptación otorgada a la teoría sobre el impacto del lenguaje en las referencias negativas que se tenían frente al género femenino dio paso a que el lenguaje fuera analizado como una forma de violencia, específicamente, como violencia de género. Así, la discusión sobre la violencia de género ha dado lugar a varios comentarios, especialmente porque ha demostrado que las víctimas permiten y utilizan este tipo de

violencia, y la han naturalizado tanto que el feminismo se preocupa considerablemente por la resignificación de esas expresiones que históricamente han sido peyorativas y aceptadas como tal. Por ello se comprende la gran importancia que tiene cambiar el lenguaje para dejar de naturalizar la violencia, y se evidencia, la complejidad que tiene el proceso de cambio de esos comentarios “inocentes”, por lo arraigados y naturalizados que están en nuestro discurso.

Ahora, si a pesar de los enormes esfuerzos por resignificar estas expresiones, aún sigue siendo tan políticamente correcto utilizarlas como insultos, ¿qué podría esperarse de la infancia, que también ha sido utilizada para expresar deshonra y vergüenza? Al respecto menciona Agamben (2018) que “el hombre tal como lo conocemos se constituye como hombre a través del lenguaje, y la lingüística, por más que se remonte hacia atrás en el tiempo, nunca llega a un comienzo cronológico del lenguaje, un ‘antes’ del lenguaje” (p, 66).

Lo anterior quiere decir que la constitución del hombre/persona, radica en su relación con y mediante el lenguaje; el hombre/persona necesita del lenguaje para reconocerse como tal, acto que realiza en su infancia, lo cual la pone como la etapa más importante respecto a lo que concierne al lenguaje. Por tanto, el maltrato que se recibe en esta etapa, mediante el uso indiscriminado del lenguaje para insultar es preocupante para el desarrollo asertivo del niño o la niña.

Ciertamente, para poder dignificar la infancia, es fundamental re-significarla. Esa re-significación, no debe suceder únicamente, en la sintáctica sino también en la semántica. La semántica empieza también por aceptar y comprender que “infancia” y sus sinónimos no son ni deben referirse a un insulto. Es importante, entender que el lenguaje ha sido de las maneras más usadas para violentar la infancia.

Es de conocimiento público, que la ONU, en sus convenciones y declaraciones sobre los derechos de los niños ha evidenciado las diferentes formas de violentar la infancia, entre las cuales se encuentra el uso del lenguaje. Sin embargo, en plenos discursos políticos oficiales, siguen siendo utilizados comentarios que hacen referencia a la infancia como característica despectiva, inmadura, débil y de menosprecio. Son muchas las circunstancias en las que se evidencia la violencia frente a los niños, pero por eso es fundamental tratar en este espacio una y otra vez la relación entre el lenguaje y la infancia.

Agamben (2018), también dice que la infancia es ese espacio donde “la experiencia deja de ser muda” (p. 98), pues es el momento en el que el niño construye todo su carácter, planta sus bases y aprehende emociones que no nacen con él<sup>23</sup>; sin embargo, parece ser el espacio fundamental más subestimado y maltratado de la vida del humano.

Aunque a mi edad puedo decir que mi madre intentó ser muy cuidadosa con su lenguaje durante mi crianza, la verdad es que ella no era la única que estaba en mi vida; gracias a que he pasado los últimos años de mi vida con apoyo psicológico, he podido entender todo el mal que los comentarios malintencionados de las personas me han causado. Es a partir de ello que nació en mí la fascinación por el lenguaje, pero más que de una forma lógica me ha interesado su re-significación, pues para mí lo más importante del lenguaje en esta época es su estética porque de él han salido los problemas contemporáneos de la sociedad. En este sentido, “la infancia actúa en efecto, antes que nada, sobre el lenguaje, constituyéndolo y condicionándolo de manera esencia” (Agamben, 2018, p.69).

La subestimación del lenguaje frente al trato de la niñez, ha generado tantos problemas que parece un ciclo sin fin. La naturalización de la violencia hacia la niñez, ha generado una sociedad violenta, incapaz de reconocerla o limitarla. No es sólo el uso de esas expresiones lo que ha violentado la infancia de una manera tan infame, sino también la invalidación que se le ha dado a la niñez. Los pensamientos y sentimientos de los niños han sido siempre descalificados, considerados ridículos, sin importancia, sin valor. Porque hemos pretendido, como adultos, que la niñez, es el espacio donde podemos expresar toda esa represión que sentimos nosotros mismos cuando pasamos por ella.

Tal vez desde el principio debí haber advertido que leer esta monografía iba de la mano con el encuentro psicológico, porque en parte mi intención es hacer una reflexión sobre la necesidad de sanar la adultez para poder resignificar la infancia, precisamente, porque tal parece que la mayoría de nuestros traumas tienen su raíz en la infancia, pero los demostramos en la adultez, de suerte que cuando volvemos a tener el encuentro con la infancia solemos descargarnos con ella.

Necesitamos sanar en comunidad la violencia infundada; sin embargo, suena utópico hablar de esta preocupación en un país en el que la salud mental no sólo ha sido

---

<sup>23</sup> Tema del cual se habló en el primer capítulo, y que también tendrá relevancia en el tercero.

un tabú, sino que también ha sido postergada y banalizada. Es por esto que me parece importante intervenir en esa re-significación, porque se necesita plantear el problema para que en un futuro esta preocupación pueda ocupar otros espacios.

### **2.1.1. La invalidación de las emociones y sentimientos del niño.**

Aparte del maltrato que la niñez sufre como consecuencia de nuestras necesidades emocionales, me parece importante, expresar ciertos puntos de los infantes que han sido también violentados, entre los cuales está la visión infantil sobre la vida. Sin tratar mucho la raíz de las emociones en este capítulo, porque es un tema que he tratado en el anterior, me parece fundamental nombrar desde la discursividad encontrada en Agamben, la manera en que los niños ven la vida, en la que sienten; y de la misma forma, las predisposiciones biológicas que viven en esa etapa.

El cerebro en la infancia, está en pleno desarrollo. Existe, por lo tanto, una mayor sensibilidad en la recepción de los diferentes estímulos que vienen del exterior. También internamente se están acoplando a los cambios. Entonces, la niñez funciona como una esponja que retiene lo que toca, por lo cual frente a tanta sensibilidad y receptividad es importante que el lenguaje utilizado en esta etapa sea cuidadoso.

El desarrollo cerebral es una parte esencial del desarrollo en la primera infancia. Es el proceso mediante el cual el niño adquiere sus habilidades físicas, motrices, cognitivas, sociales, emocionales y lingüísticas básicas. Estas habilidades le permiten pensar, resolver problemas, comunicarse, expresar emociones y tejer relaciones. Sientan las bases de la vida adulta y preparan el camino para gozar de la salud, el aprendizaje y el bienestar (Rebello, 2017)

Es propicio saber, que debido a las problemáticas sociales que existen en un país como Colombia, en el cual la educación y el cuidado de la salud mental o física son privilegios, no es de extrañar que haya gran desconocimiento frente a la responsabilidad que tiene un adulto al momento de compartir con un niño. Por la misma escases de acceso a la educación de calidad o al acceso de oportunidades, la sociedad colombiana, suele ser muy costumbrista. Sus percepciones sobre la infancia y la salud mental en esta etapa suelen ser tabúes, por lo cual la respuesta costumbrista suele ser la invalidación de la emocionalidad del niño o el menosprecio de sus pensamientos.

Los adultos deben ser responsables de su accionar frente a los niños. Sin embargo, no se evidencia ese compromiso, por lo menos, en la generalidad colombiana, pues ni siquiera se evidencia la intención de glorificar la infancia, porque no existe el conocimiento de que la infancia es violentada. Aunque existen ciertos aspectos que pueden visibilizar la falta de compromiso o de interior -por ejemplo, el historial de violencia sistemática que se vive en las diferentes comunidades- pareciese que esa violencia ya nace impregnada en nuestros genes y que, por la poca preocupación que un país emergente ha tenido sobre su educación, la niñez es ciertamente víctima de esa ignorancia y de esa violencia.

Aunque mi intención no es hablar precisamente de la violencia que ha vivido el país, puesto que exigiría un esfuerzo que desbordaría este trabajo, sí es importante al menos dejar claros ciertos puntos de los que nacen ciertos comportamientos que afectan constantemente la infancia. De acuerdo con Agamben, “el sistema social puede configurarse entonces como un mecanismo complejo donde los significantes (inestables) de la significación se oponen a los significantes estables, pero donde en realidad se intercambian unos con otros para garantizar el funcionamiento del sistema” (Agamben, 2018, p. 122).

Es inevitable que una sociedad que ha naturalizado la violencia, no violenta la niñez con tanta naturalidad, pues la niñez ajena, siempre ha sido el espacio propicio para desquitarse de la propia niñez violentada. Quiero decir con ello que la infancia del otro ha sido el momento en el que hemos desatado todo nuestro rencor, el cual se ha creado, de la misma manera, como un círculo vicioso. Hemos hecho del otro un reflejo de nuestros propios traumas, y de esta forma se los hemos generado también. En este sentido, los niños sufren rechazo por la forma en la que ven la vida, refiriéndome a todas aquellas invalidaciones que desde la adultez se le ha dado a la cosmovisión infantil.

Por otra parte, los niños, parecen tener la vida clara, tienen en sus mentes lo que desean y saben cómo satisfacer sus necesidades fundamentales. El niño va entendiendo con claridad que a veces debe realizar un esfuerzo extra para conseguir lo que quiere. Si el niño ve una imagen de un bombero y esa imagen retumba en su cabeza, decide desde su infancia que quiere ser bombero. Si ve a su madre llorando y ella le dice que se siente triste, él le dice que se ponga feliz y le lleva su pelota, porque cuando él juega a la pelota se pone feliz. La infancia, conoce mediante la experiencia directa; es allí donde ocurre esa relación primera entre el lenguaje y la experiencia, el nombrar las cosas y al mismo



tiempo, el sentir las por primera vez. Así, “las condiciones ambientales a las cuales los niños están expuestos, inclusive la calidad de las relaciones y del universo lingüístico, literalmente “esculpen” el cerebro en pleno desarrollo” (Irwin, Siddiqi, & Hertzman, 2007).

Tiene razón un niño al no comprender al adulto, o mejor, es el adulto quien no comprende al niño, porque en la medida en que crecemos vamos olvidando esa espontaneidad generada por las primeras experiencias, de suerte que nuestras creencias van tomando otros significados. Pero esa falta de comprensión es la que ha llevado a que se invalide el pensamiento infantil, porque la adultez es el momento de la vida que parece estar más lejana del conocimiento y, contrario a ella, en la infancia se encuentra más claridad por la espontaneidad en la que surge; por ahora quiero insistir en la importancia de la espontaneidad, por cuanto la considero una de las grandes diferencias entre la infancia y la adultez.

Todo lo que el niño expresa es importante, tanto para él, desde una mirada emocional y autónoma, como para sus aprendizajes sobre la vida. Cuando el niño habla, el adulto suele responder de dos maneras comunes: la primera, es la simulación de una aceptación pasiva respecto a lo que dice -ya sea con una sonrisa o con una caricia-; y la segunda, es la aceptación agresiva- con un insulto, una burla-; en ambos casos se le está invalidando. Se le invalida, porque para la arrogancia del adultocentrismo el niño jamás tendrá la razón, pues difícilmente en ese centrismo hay espacio para aceptar que la otredad del infante y su espontaneidad puede enseñar algo valioso.

Otra de las necesidades que surgen es la de re-significar la visión adultocéntrica que se tiene de la vida, pues, aunque la invalidez de la infancia haya llegado a ese punto es fundamental traer esa autenticidad espontánea en la que la niñez puede concebir el mundo.

### **2.1.2 Sobre la desclasificación y la anulación de la palabra del niño**

Lo que escribo en este ensayo, parece mostrar que mi país es un lugar con el tejido social completamente roto; puesto que esto es susceptible de ser corroborado por la experiencia empírica, no pretendo excusarme frente a la generalización de tantas situaciones que he presentado. Sin embargo, reconozco que existen particularidades

contrarias a esas generalidades que, aunque no voy a tratarlas a continuación, me parece importante aclararlas para evitar confusiones.

En este apartado me parece fundamental hacer énfasis en el maltrato que los niños reciben cuando expresan sus ideas. Como fue dicho, lo que he evidenciado de la sociedad colombiana es que actúa de una manera muy costumbrista, en lo que concierne a la crianza, pues exhibe formas de ser muy arcaicas; los errores y “correcciones”, se evidencian mediante la violencia física o verbal. En efecto, en la realidad de un país que ha naturalizado la violencia es difícil esperar que el actuar sea diferente, porque se trata de un tejido social enraizado en la violencia.

Una sociedad tan fundamentada en la violencia, donde los traumas y consecuencias emocionales abundan, necesita ciertamente de un apoyo para poder sanar y resignificar todos aquellos constructos que han sido construidas bajo la violencia, el miedo y el menosprecio. Es por esto que cuestiones como la salud mental debe volverse primordiales. Sin embargo, es notorio que no es lo que sucede.

La salud mental es un interés muy actual que ha sido suscitado últimamente en otros países del mundo, demostrando una preocupación genuina que después de un siglo con dos guerras mundiales marcó un detrimento social que se debe recuperar. Esas consecuencias devastadoras, aun se viven con más intensidad en Colombia en las nuevas generaciones.

Ahora, la preocupación por los sentimientos de los niños, en algunos casos, es mínima, pero en muchos casos está haciéndose más conciencia de que es un tema de importante comprensión. Sin embargo, más allá de eso hay algo que sigue muy arraigado a la sociedad y es la manera en la que ve la infancia y su comprensión emocional. Con esto quiero decir que, aunque en muchos casos exista ya una genuina preocupación por la emocionalidad y la salud mental de los niños, el lenguaje, los tonos, el trato que se da, sigue siendo violento e hiriente.

La representación del niño para el adulto en la comunicación es la expresión reprimida de lo que vivió en su propia niñez; la incapacidad de transmitir empatía e intentar comprender que el infante se encuentra en su proceso de crecimiento emocional y que vive sus primeros encuentros con la experimentación de sus propias cargas, y que sus expresiones suelen ser cargadas de la máxima emocionalidad, pues no ha aprendido aun a regularse. Esa represión del adulto tiene como consecuencia el que las primeras

expresiones con el niño sean violentas. Esa violencia se evidencia mediante diferentes circunstancias, cuyas consecuencias no son concebidas por el adulto o simplemente no son de su interés.

A continuación, proporciono el significado de algunos de los conceptos más utilizados en la invalidación de la cosmovisión del niño a partir de mi experiencia en como parte de la comunidad:

**Humillación:** se trata del caso en el que el niño llega a una casa ajena, ve a sus amigos o a un familiar y siente alguna emoción intensificada, demostrándolo con sus acciones, como correr o actuar de un modo específico e inusual. En este caso el niño recibe gritos que lo censuran y lo exhortan a la calma en frente de todos los presentes, con el fin de que el adulto vuelva a recuperar su posición de jerarquía. Ello tiene como resultado que el niño experimente vergüenza, ganas de llorar, se sienta vulnerado e interiorice que esos picos emocionales van a traer un castigo como consecuencia, empezando por lo tanto a reprimir lo que siente.

**Silencios:** se presenta en casos en los que el niño dice algo de una forma entusiasta y su familia está, por ejemplo, viendo la televisión, de suerte que el niño es regañado con expresiones tales como: “Shh”, “no haga bulla, deje escuchar”, “Ah! Como siempre usted”, dando mayor importancia a los intereses del adulto que a la emocionalidad del niño. Como resultado, el niño siente que su pecho duele, le da vergüenza y ganas de llorar; otras veces simplemente olvida o empieza a resentirse.

**Sonrisa:** se trata de casos en los que el niño dice algo que le parece importante, pero por su edad es invalidado mediante una sonrisa- sonrisa que evoca pesar, una en la que los ojos se achinan un poco y se sonríe-. Aquí el niño recibe la invalidación completa de lo que siente, pues sus emociones no son importantes en un mundo adulto, parece de decoración. Ello genera en él inseguridad en sí mismo y la convicción de que lo que dice o siente no es de importancia.

**Golpe:** esto tiene lugar en casos en los que el niño reacciona de una manera natural –dice una grosería, contesta de alguna forma, trata al otro como lo siente- y recibe a cambio golpes, dolor e incomprensión. Esta situación crea en él la creencia de que su cuerpo y su dolor tienen poco valor frente a la “autoridad” del adulto, que incluso a pesar del llanto y el clamor esos errores son superiores a sus sentires.

**Expresiones faciales:** se trata de casos en los que el papá o la mamá miran mal al niño porque hizo algo que los molestó. Aquí el niño recibe dolor e incompreensión. En consecuencia, se siente ultrajado y lastimado y se da cuenta que la violencia y la agresividad no es una cuestión netamente física, sino también simbólica.

En las expresiones anteriores, el niño comprende que lo que diga o siente no importa. Es invalidado de diferentes maneras, pues ni mediante su dolor físico o emocional el adulto tiene compasión, entonces lo único que genera en él es un dolor profundo que va a marcar su vida y recordará el dolor que sintió en el pecho cuando el adulto lo miraba mal o cuando lo callaban.

Como decía anteriormente, existe genuinamente, un cambio o un intento de cambio frente a la comprensión de la niñez por parte de los adultos. Sin embargo, hay algo fundamental que necesita empezar a tenerse en cuenta en las relaciones y es la responsabilidad emocional que ambas partes tienen sobre el otro y lo mismo sucede en la relación niño-adulto. Esta responsabilidad, se ve opacada, no sólo mediante las acciones nombradas anteriormente, sino con actitudes y expresiones que invalidan sus necesidades o afecciones emocionales, tales como: “él no tiene traumas, yo no tengo traumas”, “los niños de hoy ya no soportan nada”, “generación de cristal”, “yo a su edad no era así” y demás intentos de comparación respecto a la comprensión de la vida de la infancia actual.

Posiblemente, la anulación de la palabra del niño, es de los actos más comunes, tan común y naturalizado que es posible que quienes lean este trabajo lo habrán hecho por lo menos una vez. Según lo que he observado, hay varias formas de hacerlo, pero algunas de ellas parecen inconscientes y otras muy intencionales. En ambos casos es un tema preocupante porque, aunque la intención no haya sido la misma, el acto de igual manera trae consecuencias negativas para el niño.

La fábula, o sea, algo que solo se puede contar, y no el misterio, sobre el que se debe callar, contiene la verdad de la infancia como dimensión original del hombre. Pues el hombre de la fábula se libera de la obligación misteriosa del silencio transformándolo en encantamiento: es un hechizo, y no la participación en un saber iniciático, lo que le quita el habla. El silencio misterioso sufrido como brujería arroja de nuevo al hombre en la pura y muda lengua de la naturaleza: aunque al final deba ser infringido y superado como encanto. (Agamben, 2018, p. 88).

Agamben, nos habla de la fábula, como el lugar donde se concibe el lenguaje. La comunicación de la infancia surge como lo hace la fábula: espontáneamente, al romper el hechizo del silencio. Por eso, la anulación de la palabra se da de una manera directa, con expresiones que lastiman y que, de forma arbitraria, indican que su opinión no tiene valor, no es aceptada, o ni siquiera se le permite decirla, pues se le ignora. Parece que existe ahí una actitud arrogante por parte del adulto que pretende invalidar cualquier tipo de decisión y opinión que venga del niño – por ejemplo, elegir la comida, la vestimenta, entre otros- y pretende deslegitimar esa creación fabulosa en la que logra salir del hechizo.

Otra manera en la que se anula la palabra, que limita el pensar y el desarrollo de la opinión es el momento en el que el niño está aprendiendo a hablar, momento fundamental para el desarrollo y para la creación de la experiencia en la que basará su vida, porque cada nueva palabra, es un nuevo mundo que el niño experimenta y el adulto, en su necesidad de controlarlo, le completa las palabras al niño impidiéndole culminar por sí mismo su pensar. En otras palabras, no le permite crear ese nuevo mundo discursivo.

Hay momentos en los que el niño incluso no tiene la necesidad de hablar, pues se acostumbra tanto a que terminen sus palabras, que con un simple sonido tiene la respuesta que quiere; y si asumimos que con cada palabra que el niño dice tiene lugar un momento de cognición en el que se está experimentando por primera y única vez, entonces se puede evidenciar que no sólo se le está desdignificando por quitarle su expresión, sino que se le está limitando sus encuentros directos con la experiencia.

Ya sea de una manera directa o no, la adultez constantemente ha anulado la palabra del niño y ha dado paso de esa forma a que se vulneren sus derechos, pues ha puesto a la niñez en un espacio en el que no tiene voz, donde su opinión no cuenta. Han sido estas maneras las que he podido evidenciar en este país y que han demostrado que existen maneras inconscientes, en las que se invalidan los derechos de la infancia, como lo es el de la palabra. Ahora, de lo anterior, se deriva también el menosprecio de la concepción de vida del niño.

En la aventura de la niñez cada momento es una nueva experiencia. Es este el espacio donde se crean la mayoría de los recuerdos, donde se aprende a vivir, donde se comprende la vida por primera vez. Cada instante en ella es una primera vez. En ella

conocemos el lenguaje, y con este aprendemos a comprender la vida de una manera única, tan única que la cosmovisión que se tiene sobre la existencia no regresa después.

En esta etapa también resalta la resiliencia, pues los niños demuestran su capacidad para reinventarse: se levantan de cualquier espacio que se sientan lastimados, desde la manera en la que se sienten, cuando lloran, cuando perdonan, cuando olvidan, y cuando se dan otra oportunidad. La sensibilidad nace en la infancia, y parece, se queda con ella.

Para un niño, la vida es vida: intensa, difícil, y llena de soluciones. Es por eso que la emocionalidad de un niño es completamente diferente a la de los adultos: los aprendizajes y responsabilidades son comprendidas de una manera más libre, menos egoísta, porque en él no existe ese “infacentrismo”<sup>24</sup>, que le permite ver la vida más desde la perspectiva de la comunidad y entender que todos son importantes.

Sin embargo, la adultez, con su necesidad egocéntrica de demostrar que no existe problema o situación más grande o importante que la propia, se cierra tanto a su comprensión reducida de la vida que cualquier opinión que tenga un niño acerca de la vida es menospreciada al igual que él. Especialmente, porque la particularidad de la infancia es su comprensión temporal de la vida, particularidad, que la adultez perdió.

El adultocentrismo crea en las personas la incapacidad de comprender una visión tan pura y amplia de la vida, de las situaciones y emociones, como la de los infantes, de suerte que en su reducida perspectiva es preferible invalidar esa pureza de la infancia y menospreciarla. Puesto que una perspectiva que postule la simplicidad de la vida es invalidada, el adulto no puede aprender del niño.

## **2.2. Sobre el juego y el tiempo**

En el segundo capítulo de “Infancia e historia”, Giorgio Agamben hace énfasis a un fragmento del libro “Las Aventuras de Pinocho” de Carlo Collodi, en el cual Pinocho llega al “País de los juguetes”, lugar en el cual todos sus habitantes no tienen más de catorce años, donde todo el tiempo es una fiesta, donde sólo se juega, se vive en medio

---

<sup>24</sup> Concepción de que la infancia es el centro. Contrario al adultocentrismo, donde el sistema social gira entorno a la importancia de la adultez.

de pelotas, bicicletas, disfraces, entre otros, y donde el juego es fundamental para vivir allí. El país de los juguetes es una república infantil que representa la vida comprendida por la infancia, en el cual el juego y el rito se convierten en protagonistas del capítulo.

Agamben (2018), escribe este capítulo para diferenciar el rito y el juego, así como establecer su relación con la infancia, pero haciendo énfasis en ciertos momentos en los cuales se complementan. Por un lado, el rito es el encargado de consolidar y fundamentar una acción mediante el tiempo que lo renueva con la imperturbabilidad del calendario. Por otro lado, el juego deconstruye todo lo que hemos creado, pues el niño que juega, convierte un palo en un caballo, la arena en un ejército y es capaz de construir un mundo nuevo dentro de nuestro mundo, modifica el tiempo y construye su temporalidad alejado del calendario.

La elección metafórica que ha usado Giorgio Agamben (2018) para expresar la relación existente entre la infancia, el juego y su conocimiento, es, en definitiva, excelente. La presentación de Pinocho en el país de los juguetes, ha puesto en el tablero relaciones necesarias, que difícilmente, alguien más habría logrado. Al igual que Agamben (2018), sostengo que la representación que el niño forma del mundo tiene una concepción espacio-temporal completamente diferente a la del adulto.

Los primeros acercamientos de la infancia en el aspecto social se hacen mediante el juego. Me parece importante resaltar la concepción del infante respecto al resto del mundo, porque para él todo aquello que lo rodea tiene vida, ya que su concepción de vida se forja con base a su imaginación. Entre tantas cosas que se han menospreciado y mal comprendido, una de ellas ha sido la relación de la infancia con el juego porque más que un espacio de diversión, un juego ha de ser comprendido como el espacio ritual fundamental, en el cual el infante puede conocer, pues el juego es el primer espacio en el que el niño tiene la capacidad de experimentar<sup>25</sup>, y por eso cumple un rol tan importante.

Una de las cosas incomprendidas en la adultez como consecuencia de su posición es la importancia del juego en la infancia. El juego en la infancia se da de una manera tan natural que a medida que se va creciendo la comprensión y la visión de la vida cambia rotundamente, porque de alguna u otra manera se genera una separación total entre ese

---

<sup>25</sup> Entendido como el momento donde el niño se conecta con la experiencia.

ritual llamado juego. Esa comprensión del juego se vuelve diferente, se resignifica, pues cumple su función de espacio ritual, concebida, principalmente, en la infancia.

El juego como estructura, se origina en lo sagrado, del cual ofrece una imagen invertida y fragmentada. Si lo sagrado puede definirse mediante la unidad consustancial del mito y el rito, podríamos decir que hay juego cuando sólo se cumple una mitad de la operación sagrada, traduciendo únicamente el mito en palabras y únicamente el rito en acciones. Agamben (2018)

En ese espacio, fundamental para la niñez, cada vez que se tiene, se conoce y se experimenta por primera vez porque cada juego es la creación y la vivencia de un mundo nuevo. Se crea un mundo nuevo en el cual la capacidad de imaginación infantil encuentra vida en absolutamente todo. Compartir su juego con cualquier representación de vida<sup>26</sup>, ya sea la animada o no, es lo que le permite vivir diariamente una experiencia completamente nueva del mundo.

Entonces, la concepción del juego como ritual no se refiere solamente a “ritual” entendido como un espacio de valor simbólico en el que se ejercita la expresión de los mitos, pues los juegos evocan movimientos y pensamientos ancestrales porque, en su mayoría, son actualizaciones de esos ritos antepasados, continuados en el juego. Aparte de esto, debemos notar también una conexión directa entre el juego, el rito y la infancia, pues el niño parece nacer sabiendo jugar; entre sus impulsos primarios se encuentra el juego, el impulso que lo lleva a crear mundos, realidades y experiencias. El juego es el lenguaje de la infancia que nos conecta con nuestras raíces.

Ahora, otra de las cosas más fundamentales presentes en la visión del juego para el niño es precisamente la comprensión del tiempo y el espacio. Agamben (2018), habla de un tiempo mesiánico<sup>27</sup>, que se presenta también en el país de los juguetes. La historia de Pinocho en el País de los Juguetes se comprende en un tiempo no lineal, eterno, inmutable, en el cual no anochece y se puede jugar todo el tiempo.

Existe allí, la comprensión de que lo más importante es jugar y evoca el paraíso de los niños, pero en virtud de esa relación que la niñez tiene con el juego, que no es netamente una cuestión física o psicológica en la cual el niño necesite divertirse para deshacerse de su energía, sino que obedece primordialmente al hecho de que el juego es

---

<sup>26</sup> Representación de vida para el infante es cualquier objeto, u objeto de su imaginación.

<sup>27</sup> Momento en el que llega el Mesías, la historia se parte en dos, el tiempo se detiene, y comienza de nuevo.



completamente un ritual y la infancia es el primer momento de la vida en el que todo lo hecho es una primera vez.

En este aspecto la adultez ha cumplido un papel desdignificador, especialmente desde el ámbito lingüístico. Los comentarios hirientes, la incomprensión de la importancia del juego para la infancia o la prohibición del desarrollo de esa necesidad han generado que, en muchos momentos, la infancia se vea cohibida de expresarse naturalmente o sea despreciada por mostrarse como es.

De las cosas que he observado con detalle, es la diferencia entre la concepción de juego en la infancia y en las demás etapas. Así he comprendido que la seriedad que tiene el niño al jugar no la tiene el adulto en la mayor parte de su vida, pues la comprensión del juego para el primero se vuelve tan fundamental que faltarle al respeto parece inaceptable. El niño cuida su juego como el encuentro máspreciado de su vida. "La madurez del hombre es haber vuelto a encontrar la seriedad con que jugaba cuando era niño". (Nietzsche, 2002, p.54)

Por otro lado, parece que el ciclo de ese ritual del juego empieza a culminar en la llegada de la adolescencia. Se convierte en el lugar donde la comprensión del juego cambia notablemente y, desde una mirada lineal, se pretende que de la misma forma la comprensión de la vida se vuelva más asequible; sin embargo, ello no sucede así, sino que se vuelve más compleja porque la comprensión del juego se vuelve diferente, más superflua.

Para cerrar este capítulo, me gustaría insistir en que la niñez comprende las soluciones más factibles de la vida, entiende que la temporalidad de la vida no gira en torno al reloj, ni a una visión lineal, sino que, como sostiene Agamben (2018), se tiene una visión Mesiánica en la cual cada momento es el momento más importante de su vida.

*Así fue como estos Reyes y Reinas entraron en la espesura del bosque, y antes de que caminaran una veintena de pasos, recordaron que lo que ellos habían visto era el farol, y antes de que avanzaran otros veinte, advirtieron que ya no caminaban entre ramas de árboles sino entre abrigos. Y un segundo después, todos saltaron a través de la puerta del ropero al cuarto vacío, y ya no eran Reyes y Reinas con sus atavíos de caza, sino sólo Pedro, Susana, Edmundo y Lucía en sus antiguas ropas. Era el mismo día y la misma hora en que ellos entraron al ropero para esconderse. La señora Macready y los visitantes hablaban todavía en el pasillo; pero afortunadamente nunca entraron en el cuarto vacío y los niños no fueron sorprendidos. Este hubiera sido el verdadero final de la historia si no fuera porque ellos sintieron que tenían la obligación de explicar al Profesor por qué faltaban cuatro abrigos en el ropero. El profesor, que era un hombre extraordinario, no exclamó "no sean tontos" o "no cuenten mentiras", sino que creyó la historia completa. (Lewis, 1993, p.105-106)*



**Figura 3.**

Nota: Regresando por el ropero. Fuente: Pauline Baynes.  
(s. f.).

### Capítulo III:

#### **Imaginación: la configuración de un espacio *común* en la autoafirmación.**

¿Es posible que a partir de lo visto en el capítulo 1 y 2, supongamos la existencia de una preocupación por la infancia como problema filosófico? ¿cómo debemos pensarnos la dignidad como circunstancia fundamental en esa problematización filosófica de la infancia? ¿sería pertinente para la filosofía y para la búsqueda de esa dignificación entender una diferenciación de la infancia? ¿qué aspectos primordiales de la infancia la dignifican?

En los dos capítulos anteriores, me enfoqué en los aspectos que encontré fundamentales para hablar sobre Nussbaum (2008) y Agamben (2018). Presenté un tipo de conversación con sus pensamientos y las partes más relevantes para esta investigación. Sin embargo, aún hay ciertas cuestiones que quiero presentar en este capítulo final desde una mirada más propia e influenciada tanto por los dos filósofos como por ciertas relaciones que puedo hacer entre ambos, pero principalmente quiero plasmar algunas cuestiones que sugiero fundamentales en la presentación de la infancia como un problema filosófico, y, más concretamente, que son necesarias para pensarse la dignificación de la infancia. De la misma manera, me apoyaré en algunos capítulos del libro “Homo Ludens”, de Johan Huizinga (2012) para apoyar ciertas afirmaciones, debido a que Martha Nussbaum (2008) no profundiza ostensiblemente en la relación con el juego en el texto citado.

En este capítulo hablaré entonces sobre la imaginación y el juego en tanto actos fundamentales para el desarrollo de una infancia digna y como medios para florecer individualmente. Vale aclarar que, en este caso, la imaginación y el juego no son concebidos únicamente en el ámbito cognitivo-mental, sino también como actos, es decir, como acciones directamente realizables en el espacio físico, como resultado de procesos estéticos, representativos y simbólicos que evocan una lógica completamente ligada a la experiencia humana y, en muchos casos, irracionales. Por ello no se presentan para ser concebidos como conceptos netamente teóricos, sino como un espacio en el que la filosofía podría explorarse, para apropiarse más de su propia fuerza actancial.<sup>28</sup>

---

<sup>28</sup> De acto, de acción.

La existencia del juego corrobora constantemente, y en el sentido más alto, el carácter supralógico de nuestra situación en el cosmos (... ) Nosotros jugamos y sabemos que jugamos; somos, por tanto, algo más que meros seres de razón, puesto que el juego es irracional. (Huizinga, 2012, pág. 9)

También, quiero mencionar la importancia de concebir desde la filosofía aquello que llamaré “infancia diversa<sup>29</sup>”, que profundizaré más adelante, y con lo que me refiero a la necesidad de diferenciar las situaciones o aspectos que pueden marcar la infancia desde una mirada individual, las cuales no he mencionado en los capítulos anteriores y que, a mi juicio, también necesitan ser discutidos.

Estas cuestiones son: la infancia y la autoafirmación en la diversidad<sup>30</sup> y la infancia con habilidades diferentes. Aclaro que mi intención no es hacer una filosofía de género o enfocarme en el campo de la psicología, sino simplemente mostrarlas como situaciones fundamentales al momento de hablar de la dignidad, porque una infancia diversa amerita hablar de lo que, según considero, tiene mayor influencia en esa diferenciación, pues hay cosas que necesitan priorización y esta es una de ellas.

Filosóficamente, resulta pertinente hablar de cierta manera sobre la infancia porque no puede seguirse tratando como una categoría abstracta. Se exige de la filosofía que piense la infancia como una forma de concebir a los seres cuya estructura imaginativa, sensible, corporal, etc., se desenvuelve como una capacidad necesaria para la consolidación moral, emocional e individual de la persona; por esta razón la infancia constituye un problema filosófico y vale la pena considerarlo así.

Hablar de dignificación de la infancia sin referirse a las cuestiones de género o de diferentes circunstancias que socialmente no son concebidas como “normales” y que condicionan la infancia de manera negativa, dejaría incompleta la reflexión y la postulación de esta como un problema filosófico.

---

<sup>29</sup> Se entiende la infancia diversa como etapa que se vive de manera diferente para todos, debido a la diversidad en las condiciones de vida, ya sean físicas, emocionales, mentales, económicas, etc. Aunque la infancia es una etapa, se puede y se vive de manera diferente según las necesidades individuales. Nota: Esta concepción presentada sobre la infancia puede asemejarse con la significación dada a “diversidad”, en un artículo académico titulado *La diversidad en la infancia: una mirada expedicionaria en la escuela* de Ana Brizet Ramírez Cabanzo y Tadiana Esorcía, sin embargo, no fueron una fuente bibliográfica para este trabajo ni para el significado que se le da a “infancia diversa”.

<sup>30</sup> Se entiende como el autoconcepto, o la autoafirmación que cada infante crea sobre sí, respecto algunas cuestiones de género o sexuales, en la propia libertad de forjar su identidad.

Aunque la filosofía se ha preocupado actualmente más, por las reflexiones respecto a la diversidad sexual y todo lo que esto conlleva, considero que seguimos estando en deuda con la infancia, de tal suerte que hemos de reconocerle sus derechos de libertad y entender la importancia que comporta para el desarrollo de la personalidad o de la consciencia de la individualidad. Es importante comprender que esa infancia se desarrolla mediante el juego y la imaginación, que permiten el reconocimiento de sí mismo como el espacio más serio e importante de experimentación.

En nuestra conciencia el juego se opone a lo serio. Esta posición permanece, al pronto, tan inderivable como el mismo concepto de juego (...) Pero, prescindiendo de que esta proposición nada dice acerca de las propiedades positivas del juego, es muy fácil rebatirla. En cuanto, en lugar de decir “el juego es lo no serio” decimos “el juego no es cosa seria”, ya la oposición no nos sirve de mucho, porque el juego puede ser muy bien algo serio... los niños, los jugadores de fútbol y los de ajedrez, juegan con la más profunda seriedad y no sostienen la menor inclinación a reír (Huizinga, 2012, p.11)

Es por eso que nos corresponde comprometernos con lograr que esta etapa pueda vivirse bajo condiciones dignas, independientemente, de cualquier situación o condición que individualmente se viva, porque esas reflexiones siguen basándose desde una mirada adultocéntrica, en la cual el juego es comprendido como un espacio banal de dispersión; sin embargo, es un espacio fundamental para el desarrollo y la comprensión de la vida.

No existe nada más serio para el infante que su juego, nada que le enseñe más que su imaginación y nada que demuestre más una infancia digna que la capacidad de soñar, porque los sueños se forjan en el desenvolvimiento del juego y la imaginación.

### **3.1. Sobre la imaginación**

La imaginación es la facultad que tenemos los humanos, de representar mentalmente historias o sucesos que no existen en el instante presente. La imaginación, junto con la creatividad nos permiten crear escenarios que no existen en nuestra realidad e innovar con ideas que resultan de la asimilación de cosas percibidas de alguna manera. Tal imaginación es una facultad presente en todas las etapas; sin embargo, en la infancia se encuentra potenciada y envuelve una necesidad para el conocimiento del mundo, libre de prejuicios que distorsionan la percepción.

La imaginación es lo que nos permite reflejar en el entorno nuestra realidad propia, una realidad que no necesariamente ven los demás. En la adultez tiene lugar un esfuerzo de estandarización de la realidad, esto es, que sea igual para todos; no obstante, debido a la diversidad de mundos no creo que sea posible tener una sola realidad, sino que nuestras realidades se conectan sin llegar nunca a asimilarse por completo. En la infancia, por el contrario, esto es algo que se tiene claro, revelándose en la manera en que jugamos con otros y podemos crear historias mayores que se conectan mediante hilos imaginarios, capacidad que se va olvidando a medida que crecemos.

La imaginación es una de las principales características que nos hace humanos, es una herramienta necesaria para lograr cierta capacidad de reconocimiento propio y del otro, cierta capacidad de empatía, en algunos casos, mínima, pero imprescindible. La creación de historias en nuestra mente, que podemos ver reflejadas en nuestro entorno (aunque no necesariamente estén presentes físicamente), es lo que nos permite sentirnos en otro cuerpo, con otra ropa, con una imagen diferente a la que ven los demás; sentirnos en otro planeta y ser astronautas o chefs, es lo que nos permite crear una familia con los peluches o la que nos permite recrear los roles que vemos en nuestro entorno o los que quisiéramos ver.

Todo ser humano normal es capaz de imaginarse cómo es estar en la piel de otro, y desde la primera infancia practica constantemente tal habilidad. Este pensamiento perspectivista resulta fundamental para la vida emocional y moral humana...La medida en que una criatura posea tales habilidades será fundamental para su capacidad de compasión y amor. (Nussbaum, 2008, p.174)

Es la que nos permite tener esos amigos, que los adultos llaman imaginarios, pero que viven en nosotros, porque la imaginación es una de las facultades más fascinantes que tenemos como seres y que está completamente potenciada en la infancia, porque es allí donde vivimos libres de presiones y prejuicios morales que pretenden que la vida se vea de un solo color, ignorando que esta está llena de matices. La imaginación y la creatividad nos permiten comprenderlo. Es por eso que la imaginación es tan importante en el desarrollo de nuestra identidad y autoafirmación de sí.

La imaginación y el juego, van fuertemente ligados. Históricamente, el juego ha sido una continuación de la ritualidad que ha construido el aspecto socio-cultural de las comunidades y que, por cuestión casi biológica, estamos empujados a continuar. El juego no es sólo un espacio de dispersión social, como la mirada adultocéntrica ha querido

enseñarlo; por el contrario, el juego es un espacio de creación, de conocimiento propio y del mundo y, posiblemente, de los primeros espacios de construcción de la moral individual y reconocimiento propio. “Al jugar, el hombre se desprende del tiempo sagrado, y lo «olvida» en el tiempo humano”. (Agamben, 2018, p. 98).

Desde nuestro nacimiento, tenemos una necesidad casi biológica de jugar. Estamos siempre inmersos en un juego, en un mundo concebido de una manera diferente a la que es concebida por los demás, porque, esa mirada mesiánica<sup>31</sup> permite vivir una vida de prioridades, en la cual el juego detiene el tiempo e inunda nuestra vida de esa fascinación.

La imaginación es lo que constituye nuestros pensamientos y por eso estamos en constante construcción de nuestra propia realidad, una realidad que parece inconcebible para la adultez, porque al crecer y dejar de ejercitar esta facultad se entrega la potestad de ejercer el derecho a crear su propia realidad y a vivir, perdiendo también la concepción mesiánica del tiempo.

De cualquier modo que sea, el juego es para el hombre adulto una función que puede abandonar en cualquier momento. Es algo superfluo. Solo en esta medida nos acucia la necesidad de él, que surge del placer que con él experimentamos... se juega en tiempo de ocio (Huizinga, 2012, p.13)

Amerita recordar lo presentado en el capítulo II, sobre la postura de Giorgio Agamben (2018), en su capítulo “Infancia e historia”, en el cual habla sobre un fragmento de “Las aventuras de Pinocho” de Carlo Collodi, en el cual Pinocho llega al “País de los juguetes”, y vive en un paraíso para los niños, pues su vida gira en torno al juego. Presenta que el juego es un espacio fundamental para vivir allí El país de los juguetes es una república infantil que representa la vida comprendida por la infancia, en el cual el juego y el rito se convierten en protagonistas de la vida.

Esa ritualidad del juego es un espacio para concebir la vida, el desarrollo de las perspectivas de mundo y elegir una manera de desenvolverse en el mismo; es un espacio de seguridad propia. Quiero decir que el juego es el espacio en el cual un infante reconoce y desarrolla sus primeros aspectos de personalidad, es el espacio en el que, mediante la

---

<sup>31</sup> Para ver más al respecto, en el capítulo 2 se trata más sobre el tema.

imaginación, llegamos a concebirnos gracias a la empatía, y al reconocimiento, de nosotros en otros cuerpos y de la separación de los demás respecto a nosotros.

Como espacio ritual, el juego crea un espacio seguro que, mediante su ejecución, permite que aquello que se viva sea inesperado, que ilumine todo lo que hace parte de él. En la comprensión del tiempo, que se alcanza con el juego, emergen la seguridad y el cobijo que se garantiza, incluso, hasta el momento en que este vuelva a reiniciarse. Esa ritualidad que permite la libertad del juego, hace que este sea una representación sagrada, mística y esencial. En consecuencia, el juego en esencia, es un espacio sagrado: “la comunidad primitiva realiza sus prácticas sagradas, que le sirven para asegurar la salud del mundo, sus consagraciones, sus sacrificios y sus misterios, en un puro juego, en el sentido más verdadero de vocablo” (Huizinga, 2012, p.10).

El juego, como espacio ritual, permite conocernos como individuos pasionales y diferenciados a los demás. Es decir que es fundamental porque es allí donde podemos descubrir nuestra individualidad, pues sin esa concepción del juego, sería difícil reconocerla. La individualidad es necesaria para dignificarnos porque es el reconocimiento propio como seres dignos. De esta manera, es la auto-reafirmación, de que somos seres dignos por nuestra propia existencia. Sobre esto hablaré más adelante.

Como mencioné antes, mediante la imaginación podemos concebir una infancia que se regocija en la dignidad. La imaginación condiciona nuestros sueños, nuestras aspiraciones, nuestros más profundos anhelos. Cuando crecemos nos vamos desconectando de esa imaginación y, por lo tanto, de esa realidad que habíamos construido mediante los anhelos porque, de alguna forma, estamos condicionados a nuestra historia personal, a una historia que vamos creando a medida que crecemos y que vamos perdiendo la necesidad de soñar o imaginar.

Cuando vamos creciendo nos vemos empujados a vivir bajo la “realidad”, es decir, bajo la vida que tenemos y los problemas y situaciones que surgen de ella. Se supone que la realidad no puede ser imaginaria; a veces incluso parece que se asume como contraria. Cuando pequeños, en cambio, creamos nuestra realidad, pues poseemos capacidades cerebrales que están en todo momento trabajando para concebir las realidades y así ir forjando una historia personal que luego nos condiciona a dejar de imaginar, pero no por una condición cognitiva, pues la capacidad imaginativa puede acompañarnos durante toda la vida, sino, en virtud de una presión social.



Tristemente, la imaginación suele verse como una señal de inmadurez, pero es gracias a esta que forjamos nuestra realidad, gracias a las conexiones que hacemos cuando imaginamos. Sin imaginación no hay vida digna, porque la vida necesita forjarse de sueños para poder anhelar algo que impulse la vida, que nos permita querer vivir y que valga el esfuerzo; por lo tanto, sin imaginación o sin creatividad no habría ningún propósito.

Pero la realidad, no es igual para todos porque, así como la imaginación es necesaria para concebir la vida, la historia personal también puede cohibir la imaginación. Una de las razones que me impulsó a investigar al respecto fue el trabajo con niños, en el que pude apreciar los anhelos que tenían y cómo su nivel socio-económico demarcaba tanto cambio en su capacidad de soñar.

Los sueños, en este caso, hacen referencia a las aspiraciones que se van moldeando en la infancia como consecuencia de la influencia del entorno más próximo. Ese entorno está compuesto por padres, o cuidadores, por sus amigos, por el lugar donde viva, o por quienes tengan afinidad; también, influye el acceso que tengan al resto del mundo y el modo en el que moldean esas aspiraciones o sueños.

Los cuidadores, suelen influir mucho en los infantes mediante lo que dicen y, como señal de ese reconocimiento que tienen los infantes a sus cercanos, empiezan a apropiarse también de sus aspiraciones. De ahí que los sueños sean una puerta para conocer las diferentes realidades y la falta de dignidad con la que se vive.

El modo en que nos vemos a nosotros mismos depende de nuestras capacidades innatas cognitivas, perceptivas e integradoras, pero también de nuestra concepción específica de la temporalidad y la causalidad; de nuestra concepción de la especie, la naturaleza y la familia. (Nussbaum, 2008, p.175)

No se trata, sin embargo, de jerarquizar los sueños de los infantes, porque no existen sueños grandes o pequeños. Las comparaciones entre los sueños se salen de toda lógica por cuanto estos son vivencias estéticas, subjetivas, completamente únicas para quien los vive; no obstante, cuando un infante aspira a cumplir sus derechos fundamentales ello indica la falta del goce de dignidad, porque está claro que todo ser humano debe tener acceso a sus derechos fundamentales por el hecho de existir. De la misma manera ir perdiendo la capacidad de soñar con cosas que vayan más allá de los derechos fundamentales revela que la realidad en la que viven ha sido tosca.

Esos sueños sí demuestran realidades latentes que no pueden negarse. Por ejemplo, que un niño sueñe con estudiar, con tener una casa o con tener acceso a la salud, demuestra que no tiene una vida digna, porque no se puede vivir con dignidad, si no se le reconoce, como mínimo, el cumplimiento de sus derechos fundamentales. Ciertamente, la desigualdad constituye una razón que dificulta la dignificación de la infancia. Por eso hay que buscar formas de solventar algunas de esas desigualdades.

En varias ocasiones me encontré con niños entre 3 y 9 años que viven en condiciones vulnerables y difíciles, tanto económicamente como socialmente. En una de las actividades adelantadas les pregunté cuál o cuáles eran sus mayores sueños, qué era lo que más querían en la vida y sus respuestas revelaron la precariedad de sus condiciones de vida: “yo quiero una casa”, “yo quiero estudiar”, “yo quiero conocer el mar”, y cosas similares. Sus sueños demostraron que su infancia no era digna.

Ahora bien, así como la situación socio-económica influye en esa concepción, hay muchas otras condiciones- incluso en niños con habilidades diferentes<sup>32</sup>- que cohíben la vida digna de un niño. Como sociedad parece que no vemos la realidad que viven los niños y que se demuestra mediante actos como estos. Un niño debería tener la capacidad de soñar igual de grande, independientemente de su realidad social, pero no es así. Es por ello que las condiciones materiales de su realidad atentan contra sus derechos como niño y su dignidad. La realidad de los niños se forja mediante la imaginación: entre mayor sea esa capacidad de imaginar, más grande es el mundo. Sin embargo, las diversas realidades sociales del país siguen generando, en casi todos los aspectos, situaciones que desdignifican la infancia, que debería gozar de una dignidad plena.

Por lo tanto, resulta deseable que haya más niños que puedan conectarse y ensanchar su capacidad de soñar con cosas inalcanzables, de soñar con profesiones poco comunes, con profesiones de otros mundos, porque, en parte, ello es indicador de una infancia en la que se le ha permitido sentir y fomentar la creatividad e imaginación que hace de la infancia un momento mágico.

---

<sup>32</sup> El término está explicado en la introducción y también más adelante. Al ser las personas con circunstancias diversas, se puede comprender esa situación imaginativa bajo la normalidad de cada condición. Es decir, que no en todas las situaciones el no poder imaginar evoca una situación de desdignificación, porque hay condiciones físicas que pueden no permitirlo, pero, cuando las condiciones son cuestiones de un orden social, sí representa una desproporción en esa dignificación.

Por otra parte, la importancia del juego, la representación y todo el espectáculo y ritual que permiten vivir, también, descansa en que este constituye un espacio de reconocimiento de las propias necesidades, un espacio de autoexploración que se presenta como un momento fundamental para la interpretación de la vida íntima, permitiendo las primeras exploraciones en la propia autoafirmación<sup>33</sup>. Esa autoafirmación es concebida como el reconocimiento de sí mismo, de la individualidad, diferente y separado de los demás.

El juego, como he dicho, más que un espacio de regocijo o dispersión, es un espacio fundamental de autoconocimiento. Entonces, hablar de la dignificación de la infancia amerita necesariamente hablar de cuestiones relativas a la diversidad sexual. Lo cual, en un contexto cultural como el colombiano, se forja desde la cis-heteroformatividad. Me parece propicio establecer la relación que existe entre el juego y la identidad sexual, pues el primero corresponde al espacio fundamental de reconocimiento o exploración individual, pues, como dije anteriormente, es gracias a ese espacio ritual de libertad que el infante puede desarrollarse en plena seguridad.

Quiero partir de la premisa de que cuando hablo de diversidad sexual, hablo del reconocimiento de cierta parte de nuestra autoafirmación. Esa autoafirmación no tendría que ser forjada o intermediada por concepciones adultas, por cis-heteroformatividades ni por una cultura conservadora, como sucede en algunos sectores colombianos.

Creo que la infancia, al ser un espacio de formación y reconocimiento, debería gozar de la libertad para desarrollarse sin prejuicios o presiones ejercidas por el exterior, como sucede, por ejemplo, en los casos en los que los adultos limitan el desarrollo del infante obedeciendo a cuestiones de las cuales estos últimos no tienen aún plena consciencia, como la afirmación del género u orientación sexual, que se va reconociendo en la medida en que crecemos y nos conocemos, y no debería ser impuesta, en tanto se refiere a una cuestión fundamentalmente íntima.

De la misma manera en la que desarrollamos aspectos de nuestra personalidad a medida que vamos experimentando el mundo, también el reconocimiento de nuestra autoafirmación sexual podría darse con la experiencia y no mediante el condicionamiento

---

<sup>33</sup> Con autoafirmación, me refiero a la concepción propia que cada uno tiene sobre sí. Va ligado al propio reconocimiento de sus afinidades. Puede ser un sinónimo de identidad sexual, pero al no ser el tema a tratar en profundidad, autoafirmación o afirmación de sí, son las utilizadas.

social de una cultura, pues lo que concierne a esa autoafirmación se forja mediante las experiencias y el entorno. Muchas veces la diversidad sexual no consiste simplemente en definirse, como lo han esperado en muchas ocasiones, sino en el hecho de sentirse diferente, de no identificarse con el género, las identidades u orientaciones establecidas.

Hay otras situaciones que condicionan la vivencia de las personas, diferentes a las que nombré anteriormente, las cuales están directamente relacionadas con el desarrollo de la autoafirmación sexual o de género, como, por ejemplo, la aceptación o el reconocimiento de cierta diversidad sexual en un contexto en el que siempre se ha querido negar la diversidad.

Sin embargo, cabe aclarar que mi intención no es hacer una filosofía de género, pues el tratamiento de esta cuestión en este trabajo se justifica solo en la medida en que es concomitante a mi problema de investigación, a saber, la dignificación de la infancia y la consecuente necesidad de reconocer su diversidad. Esa diferenciación permite en ciertas ocasiones una priorización necesaria para la consecución de la dignidad.

La dignidad tiene que ver con el reconocimiento de la individualidad del otro; un reconocimiento inherente, independientemente de cualquier condición. La simple existencia merece el reconocimiento y respeto de la propia individualidad, como ratificación de la igualdad con la que se supone que nacemos. La dignidad resulta de reconocer la individualidad (identidad<sup>34</sup>), razón por la que no puede hablarse de dignidad cuando se rechaza o se niega el reconocimiento de alguna parte (autoafirmación) del otro.

El juego como espacio ritual de la diversidad sexual es también el momento de pleno conocimiento y exploración más íntimo de la infancia. Como dije, no es solamente un espacio de diversión, sino también un espacio en el que desarrollamos nuestras primeras experiencias de la vida, en el que las reacciones que en él tengan lugar dan forma a nuestra personalidad, en el que vamos sentando las bases de nuestra identidad. Es el espacio en el cual nos conocemos y empezamos a conocer el mundo mediante ensayo-error. De esta misma forma, empezamos a guiarnos por un camino que nos ayuda a suponer el funcionamiento de la identificación en el contexto de la diversidad sexual.

Condicionarnos desde pequeños para identificarnos con ciertas categorías normativas que obedecen a una perspectiva conservadora, solo logra el desconocimiento

---

<sup>34</sup> En este lugar, se entiende identidad, como aquella expresión propia de la individualidad.

de una diversidad latente que nace casi con la existencia humana. El conocimiento de la terminología usada para describir las normativas con las que nos han enseñado a describirnos nos llega con el tiempo, mediante la experiencia y el desarrollo de cierta consciencia moral, condicionada por nuestro entorno, de suerte que entre más condicionado esté nuestro entorno por estas cis-heteroformatividades, más rápido nos veremos obligados a definirnos con conceptos que no conocemos. Sin embargo, cuando nacemos y, posteriormente, durante nuestros primeros encuentros propios, carecemos de la necesidad de identificarnos con algún género u orientación, desconociendo la carga moral asociada a cada uno.

Para que se dé una concepción de esa diversidad, se necesita tiempo y experimentación. Es por eso que cuando el juego se presta para que un niño se maquille, se ponga tacones, o una niña se dibuje un bigote o hable como su papá, ello no debe ser interpretado como un aspecto de autoafirmación sexual diferente a la cisgenero-heterosexual<sup>35</sup>, pues se trata de un simple momento necesario de exploración. A esa edad no se tiene consciencia moral sobre las cargas negativas que socialmente se han impuesto a la diversidad de esa autoafirmación. Además, es a propósito de este espacio que necesitamos entender que la diversidad sexual no ha de ser un motivo de preocupación.

Cuando desde la niñez se condiciona mediante una mirada cis-heteronormativa la identidad y orientación sexual de los individuos, el adulto asume una tarea que no le corresponde, en la medida en que transgrede el derecho del infante a explorarse, conocerse y de empezar a construir el mundo con sus propias experiencias. Cuando imponemos una autoafirmación cis-heteroformativa a la infancia, estamos quitándole el derecho de individualidad y estamos obligándole a que se desarrolle según categorías adultas conservadoras. Es por ello necesario comprender que los niños no deben ser forzados a identificarse con categorías que no comprenden.

Cuando los cuidadores ven a los infantes tener actitudes que, desde su mirada, se desvían de las categorías normativas, inmediatamente intentan “corregirlos” y someterlos a actuar de acuerdo con una identidad de “género” que le impusieron sin su consideración. Entonces, por ejemplo, a las niñas (género femenino) las condicionan con muñecas,

---

<sup>35</sup> Cisgénero-heterosexual. Hace referencia a la normatividad en la que las personas se identifican con el género que les fue asignado al nacer y su orientación sexual es frente a las personas de su sexo-género opuesto.

suavidad, vestidos, maquillaje, mientras que en el caso de los niños (género masculino) lo hacen con deportes, carros y represión emocional.

Es allí donde sucede algo fundamental: se empiezan a enseñar los mecanismos de represión emocional. Los niños están más condicionados para reprimir el afecto entre sus amigos o personas del mismo sexo, porque es esto lo que les han enseñado mediante el ejemplo o la “corrección”, a diferencia de las niñas. En contraste, cuando las niñas lo hacen es interpretado con un signo de sensibilidad característica y permitida. Así, parece que existe más miedo a que dos hombres transgredan la estructura machista a que lo hagan dos mujeres.

Forzarnos a identificarnos con normatividades de géneros binarios desde la infancia genera que empecemos a reconocernos de acuerdo a ciertas normativas que no sentimos necesariamente como propias. Es decir, obligarnos a reconocernos con conceptos e ideologías que aún no podemos comprender genera que aquella infancia que, con el tiempo y la experiencia, empieza a reconocerse o no en esos conceptos, rechace y sea rechazada en el caso en el que no coincida con lo que se ha enseñado como “normatividad”.

No creo que la niñez, al inicio de su exploración mediante el juego, comprenda la concepción que se tiene sobre la diversidad sexual, ya sea la heterosexualidad, homosexualidad, trans y demás concepciones de diversidad; esas son categorías definidas por otras normativas que aún, no se han concebido en la primera parte de la niñez, porque son cuestiones morales que son ajenas hasta ese momento.

Esas categorías solo se entienden cuando empezamos a definirnos o a categorizarnos, lo cual no suele suceder durante la primera parte de la infancia. Empezamos a forjar nuestra identidad, pero ese proceso no se da de inmediato, por lo cual no creo que sea posible identificarse con algo que aún no se ha concebido, como las identidades de género y orientaciones sexuales. Así, en la infancia tardía o adolescencia empiezan otros procesos de reconocimiento y aceptación respecto a la autoafirmación sexual, porque se ha logrado un nivel de consciencia propia de la identidad que no se tiene en los primeros años de desarrollo y sí empezamos a concebimos en esta diversidad.

Si bien es cierto, que es difícil que en nuestra adultez o adolescencia nos libremos de definirnos mediante estas categorías, pues se espera que desde que nacemos nos empecemos a definir, sí es posible que, si dejamos de forzar en la infancia una definición

sobre algo que no está en nuestra libertad, podría evitarse el desconocimiento de esas autoafirmaciones e identidades diversas en muchos infantes, porque la identidad y, por ende, la autoafirmación del recién nacido, necesita ser construida en su más íntima libertad. Definirse implica identificarse y reconocerse y, por lo tanto, dignifica, pero este proceso debería tener lugar cuando se tenga cierta consciencia al respecto.

Cuando en el presente hablamos de infantes que se identifican en una diversidad sexual que no sea la cis-heteroformativa es posible que lo hagan, porque se han visto forzados a autoafirmarse con normativas que aún no comprendían y no sentían propias, entonces, fueron forzados a vivir su infancia asumiendo una identidad que no tenían aún que decidir. Con esto no quiero decir que los infantes no puedan reconocerse en esta diversidad; por el contrario, si no hubiese tantos prejuicios al respecto, ese reconocimiento se daría de una forma más orgánica. Lo que quiero decir, entonces, es que un infante en sus primeros años de vida no concibe esas categorías porque apenas está en una etapa de exploración y, si en medio de esa exploración se le es cohibido hacerlo, se le está impidiendo desarrollarse libremente, y para ese desarrollo se necesita tiempo y experiencias que en sus siguientes etapas puede ir acumulando.

Por eso, si dejamos de limitar y categorizar estas cuestiones en la infancia, por lo menos hasta que cada persona sea capaz de reconocer su propia diversidad en la medida en que va experimentándose a sí mismo y pueda ir formando su autoafirmación, sin someterse a los prejuicios de la sociedad respecto a esas categorías, seguramente podríamos reafirmar más la dignidad de esas personas, en la medida en que les concedemos la libertad de conocerse y concebir su autoafirmación sin que le fuera completamente impuesta.

No creo que sea fácil para un infante durante sus primeros años verse cohibido a expresar su afectividad o su personalidad mediante las muestras de cariño, su ropa y demás formas de expresión, por el temor a ser castigado por no seguir las normativas impuestas por su entorno desde el nacimiento. El rechazo a cualquier situación que sea interpretada como una desviación de las categorías normativas es infundido y castigado por nuestro entorno. “Las culturas imponen diferentes ideales sobre los niños. En algunas culturas, por ejemplo, se espera que los chicos mucho más que las chicas demuestren un control y dominio perfectos” (Nussbaum, 2008, p.233)

La autoafirmación debe ser algo que definamos nosotros mismos, sin que alguien más lo haga por nosotros. La dignidad es también la capacidad de construirse y reconocerse a sí mismo en sus propias definiciones; si esto no se permite, entonces no se puede hablar de dignidad. No puede ser digno crecer en el constante rechazo propio y de los demás por no reconocernos en lo que nos ha sido impuesto.

Esa exploración, fundamental para el reconocimiento de la identidad propia, se logra principalmente en el juego porque es allí donde la capacidad interpretativa nos permite imaginarnos, sentirnos y reconocernos en nuestro cuerpo o en otro. Es mediante ese juego imaginativo que podemos crear otras realidades y encontrarnos en algunas de ellas. Es decir que es mediante el juego que podemos sentir diferentes representaciones de nosotros mismos, pues gracias a que jugamos con la exploración de diferentes formas de expresión logramos encontrar aquellas con las que nos identificamos. Es por eso, que no hay nada más serio que un infante jugando.

Debido a lo anterior, es necesario pensar en la posibilidad de la infancia de reconocerse en una diversidad sexual que no acapare lo impuesto por la sociedad como normal para brindar un espacio de crecimiento digno a la infancia, en el que puedan reconocerse en su individualidad y forjar su propia identidad. Además, al impedirle gozar de esos espacios la infancia seguiría reprimiendo su emocionalidad, en parte por los prejuicios que se han atribuido a cuestiones de género. Y finalmente, ello es necesario porque es responsabilidad de todos propiciar espacios para el reconocimiento del otro en su individualidad y en su diversidad, porque lo que concierne al libre desarrollo de la autoafirmación, condiciona la dignidad y la dignificación en la infancia.

### **3.2 Infancia: ¿habilidades diversas?**

La cultura solo existe en las historias de los individuos, que los individuos varían enormemente y que la existencia de patrones personales diversos crea espacios de diversidad en el interior de la propia cultura. (Nussbaum, 2008, p.200)

Otra de las situaciones que me parece fundamental para hablar sobre dignificación de la infancia, es lo que denomino, “infancia diversa”. Es decir, la condición de aquellas personas que viven bajo circunstancias que son consideradas diferentes o atípicas<sup>36</sup>. En

---

<sup>36</sup> Cuando hablo de habilidades diferentes, hago referencia a personas con habilidades o condiciones/ circunstancias cognitivas, lingüísticas, motoras, dificultades múltiples, y entre otras; que se diferencien de las habilidades que tiene la mayoría de la población y se consideran “normales”.



un mundo pensado para una población promedio, que no representa gran parte de la diversidad que nos rodea, la dignidad se vuelve un privilegio dirigido a aquellos que no se ven condicionados por otras realidades que no pueden cambiar, de suerte que la dignidad de muchos infantes que difieren con las categorías “normativas” se ve transgredida. La dignidad de la infancia, va más allá de cualquier circunstancia que diversifique al infante; la dignidad es para todos, sin preferencias o excepciones. Y ese trato circunstancial no debe ser excusa para no permitir que un infante viva esa etapa con la mayor dignidad y naturalidad posible de acuerdo a su realidad.

Tuve la oportunidad de estudiar en un colegio inclusivo, en el cual aprendí que existen muchos tipos de normalidad, pero también en el cual tuve la experiencia de aprender las dificultades que viven diariamente aquellos que tienen circunstancias diversas a la que la mayoría entiende por normalidad. La metodología y la pedagogía de enseñanza se basaba en el desarrollo personal más que en el académico. Así, en mis clases convivía con compañeros con diversas normalidades: estudié con compañeros que llevaban a su maestra sombra<sup>37</sup>, con compañeros con visión reducida cuyos libros estaban escritos en braille; debido a la diversidad siempre hubo una manera diferente de enseñar y aprender. Sin embargo, este era el único colegio en mi ciudad que tenía abierta sus instalaciones para todas las personas y además era privado.

¿Qué pasa entonces con todos los infantes que estudian en colegios oficiales o privados y no tienen la posibilidad de tener acceso a una educación diversa? Pues incluso los colegios privados se guardan el derecho de admisión. Además, ciertamente, el derecho a la educación no es el único que se le vulnera a la población diversa, pues en lugares donde la inclusión a la diferencia es tan baja no existe una necesidad de cuidar al otro, de respetarlo, de tal suerte que el acoso y la falta de integración de un infante con una circunstancia diversa terminaría por lastimarlo. Es realmente importante pensar desde la filosofía una reflexión genuina al respecto, pues no podemos seguir permitiendo esta falta de reconocimiento de la dignidad de todos los infantes.

Entonces, quiero partir con la premisa de que no existe una consciencia de respeto e inclusión frente a la diversidad; no existe preocupación mayor, por lo menos en Colombia, por empezar a entender y adaptarnos al hecho de que vivimos en un mundo

---

<sup>37</sup> Hace referencia a la asistente educativa que trabaja con un único niño con necesidades específicas, para apoyarlo en su proceso educativo y social.

lleno de diversidad y que toda esa diferencia amerita respeto, reconocimiento y dignidad. Desconocemos también que la dignidad se trata de reconocer al otro con equidad en medio de cualquier condición.

Nos han enseñado a tener muy poca empatía frente a situaciones que se han concebido como en desventaja, pero de las que hay poco o nulo conocimiento, porque se han tratado como si fuesen minorías, si bien es cierto que las condiciones mentales o emocionales empiezan a cobrar cada vez más importancia. Parece que la concepción de la vida se centra en vivir bajo las condiciones de una generalidad que ha ganado por tener la ventaja de ser la que ha escrito la historia.

Como dije, la infancia diversa se refiere a aquellos infantes con habilidades diferentes. Son habilidades o condiciones con las que nacemos o que adquirimos en algún momento, ya sean físicas, motoras, intelectuales, emocionales, entre otras, y que impiden que las formas de relación o la forma de vida sea igual a las de la mayoría, con la que no comparten ciertas circunstancias.

Para ser más precisa, hemos hecho del mundo un lugar poco incluyente para todas las particularidades, de suerte que sólo quienes tengan un conjunto de aspectos promedio con los que puedan vivir, ya sean físicos, mentales, emocionales, entre otros, tengan la oportunidad de vivir de una manera digna. Sin embargo, no todas las personas, gozan de la misma salud o circunstancia mental, física, emocional. Con circunstancia me refiero a situaciones particulares que condicionan el modo de vida, como por ejemplo las condiciones propias de las personas con autismo, con movilidad reducida o con condiciones psiquiátricas, entre otras. Este tipo de circunstancias condicionan la interacción social y la exploración del mundo debido a que no estamos preparados como sociedad para aceptarlas e incluirlas en nuestra realidad, teniendo como consecuencia que la diversidad se convierte en una adversidad.

En Colombia, las instituciones educativas del Estado no prestan el espacio o los profesionales para brindarle un espacio seguro a un niño que haya nacido con una circunstancia que, por ejemplo, afecte su capacidad social como puede serlo, el autismo (TEA). Una persona con un autismo, puede necesitar una maestra sombra, quien lo acompaña en su proceso de socialización y aprendizaje.

Sin embargo, las instalaciones no se prestan para generar un espacio cómodo ni para facilitar su inclusión. El Estado colombiano no se preocupa por brindar el acceso a

la educación que tiene por derecho una persona con autismo; es por esto que la mayoría de personas con autismo que pueden tener acceso a la educación y cumplir con ciertas normativas dignas, necesitan tener cierta capacidad económica, pues en su mayoría esta posibilidad es ofrecida por colegios privados que manejan otra metodología de aprendizaje diferente a la convencional. De la misma forma, todos los gastos de la educación incluyente son asumidos por la familia.

No se puede hablar de dignidad en un país donde una persona con movilidad reducida o con alguna circunstancia física que también se sale de la presunta normalidad, se ven forzadas a asistir a un colegio en el que, por ejemplo, no existen rampas para tener libre movilidad. Debido a ello el acceso a la educación y a tener una representación digna de su vida, se ve coartada por no poder ejercer su libertad a su manera.

Existen muchas circunstancias o habilidades diversas que marcan la vivencia de las personas en su infancia. Por lo tanto, no sólo se trata de pensar en todos los condicionales que mencioné en capítulos anteriores, como el aspecto económico, social, el lugar de nacimiento, el género, sino que también hay otras cosas que limitan el goce de una infancia digna.

En definitiva, el desarrollo de la infancia en un lugar que no está pensado para la inclusión no puede ser dignificado hasta que esas cuestiones empiecen a cambiar. Sin embargo, hablar de esa falta de acceso o de empatía frente al reconocimiento de las necesidades diferentes a las que se consideran comunes es fundamental para empezar a entender que podemos mirar con equidad estas situaciones y empezar a contemplarlas como cercanas.

En general, en un mundo hecho para los niños normales, cualquier chiquillo que presente una anormalidad corre el riesgo de desarrollar una vergüenza hipertrofiada, en particular si la cultura en la que vive es intolerante a las diferencias, como lo son la mayoría de las culturas, y muy especialmente, las de los niños. (Nussbaum, 2008, p.233)

Conocer a una persona con alguna circunstancia diferente deviene en una situación en la que la diferencia es tratada como si fuese una discapacidad y como si quien la presenta tuviese un valor menor. Es por ello que es tan común la referencia a una persona con síndrome de Down como una persona “especial”. Pero hablar de alguien especial no debería hacer referencia a una persona que vive con una circunstancia diversa

y común, debería hacer referencia a una sensación que cause en nosotros por el hecho de tener cierta cercanía. Es importante empezar a reconocernos en la diversidad, a dejar de nombrar lo que vemos diferente con una connotación negativa, porque la infancia diversa no debe ser una excusa para transgredir el derecho a ser niños.

Me parece fundamental empezar a transformar la manera en la que nos referimos a los demás, pues nacer con una circunstancia diferente a las que usualmente reconocemos como normal para la mayoría no es motivo para tratar a esa persona como si fuera incapaz de desarrollarse integralmente. Hay que cambiar esa concepción de normalidad, precisamente porque no hay una normalidad, sino muchas. Podemos trabajar en dejar de entender la normalidad de las personas que no tienen condiciones que sobresalgan en la diversidad de lo común y empezar a comprender que la normalidad depende de quien la viva.

Por ejemplo, un niño con visión reducida, siente y concibe el mundo de una manera diferente a la de un niño que no tenga esa circunstancia; sin embargo, aunque su normalidad cambie y su forma de percibir el mundo sea diferente, siguen siendo parte de un mismo mundo y cada uno se desarrolla en su normalidad. Uno aprende a leer con sus manos y el otro con sus ojos. Pero ambos, pueden leer lo mismo e interpretarlo en su individualidad y esa interpretación será diferente, aunque ambos lean con los ojos o con sus manos, pues cada uno interpreta el mundo desde su propia normalidad.

Como sociedad necesitamos preocuparnos por formar un mundo más inclusivo y no por querer “normalizar” esa diversidad. La vida se trata de adaptarnos al mundo, no de adaptar el mundo a nosotros. Y el mundo es diverso, porque todos lo somos. Así pues, la manera en la que nos referimos a los demás comporta una gran importancia porque el lenguaje es en gran medida responsable de esas barreras a la inclusión.

Un niño no suele crecer y rechazar la diversidad. Cuando esto sucede, en su mayoría de veces, ha tenido el ejemplo o la enseñanza de alguien mayor sobre el rechazo, la burla o la comprensión de la diferencia como algo negativo. La curiosidad es natural en la infancia, como también lo es la necesidad de socializar; así pues, los infantes sienten el impulso de jugar o de compartir con sus demás iguales, incluso cuando puedan notar algunas de sus condiciones o habilidades diversas y no tengan la comprensión total sobre estas, pues el juego siempre permite que la infancia se conecte, aunque sus realidades

sean diferentes; el juego siempre será el espacio en el que puedan desenvolverse y relacionarse.

Así, crecer con alguna circunstancia particular en un espacio en el que esta no es considerada como parte de la normalidad genera una desdignificación significativa para la infancia, porque un infante es un infante sin importar cualquier situación que se le presente y merece vivir su etapa con dignidad. Sin embargo, no suele ser así porque la sociedad prefiere reprimirlo, porque no existen los cuidados y la comprensión de las necesidades propias y pareciera que esa concepción se usa como excusa para limitar su experiencia de niño/infante.

La filosofía tiene la oportunidad de replantearse su papel en la concepción de la infancia, la responsabilidad de pensar las diferentes normalidades y cómo podemos adaptarnos al mundo y no al contrario. No es posible que vivamos en un mundo con tanta diversidad y que la educación se centre en una misma homogeneidad. Todos los niños merecen ser dignos, crecer en un entorno digno de ser vivido, jugado y disfrutado, y los niños son todos aquellos que recorren las primeras etapas de su vida, independientemente de cualquier condición. Por consiguiente, todos necesitan tener el acceso a los mismos derechos y oportunidades, según cada normalidad.

El acceso a la educación o a la salud, dignifican, porque nos pone en una etapa de equidad en la cual somos reconocidos con las mismas necesidades; sin embargo, sigue siendo un problema tener acceso a ambas porque el acceso también está condicionado por cuestiones económicas, y un niño con habilidades diferentes que no tenga solvencia económica no puede acceder a ninguna de las dos, a pesar de que en la vida no se pueda elegir con qué condiciones nacer.

El respeto a la diversidad, en todas sus expresiones es fundamental para lograr la dignificación y ese respeto se logra mediante la adaptación a otras realidades que no consideramos propias, pero que, al hacer parte de nuestro entorno, lo son. No se puede dignificar la infancia, si sólo se piensa en una parte. Es necesario pensar en toda la diversidad. Podemos empezar a educarnos en esas condiciones, porque para lograr una infancia más digna es necesario adaptarnos a las diferentes maneras en las que se vive la infancia.

## CONSIDERACIONES FINALES

Aunque he decidido concluir cada parte de la discusión en su respectivo capítulo, en este espacio quiero aprovechar para presentar ciertas consideraciones que me quedan con este trabajo. Como dije anteriormente, no quiero que esta investigación sea archivada, razón por la cual voy a presentar un material de apoyo audiovisual, pues tengo la intención de que el alcance de mi monografía no sea, exclusiva, del contexto adulto, sino que sus resultados también puedan ser socializados con un público infantil, ya sea mediante la enseñanza del reconocimiento de su dignidad o como un texto lúdico explicativo sobre sus derechos y lo que merecen. Lo hago con la firme convicción de que como adultos tenemos muchas deudas con la infancia, que poco a poco podemos ir saldando.

Haber hecho un trabajo filosófico de este perfil significó para mí, un gran esfuerzo a nivel académico. Me permitió derrumbar muchos estigmas que a lo largo de mi carrera había presupuesto, como consecuencia de la manera tradicional de hacer filosofía, o al menos, aquella que recibí a lo largo de los 4 años. Significó, poner en discusión esos modos de hacer filosofía tradicional, la manera en la que los filósofos se encargan de los problemas, cómo retornan cada vez a las mismas temáticas, y la falta de proposición para evocar nuevas discusiones en momentos cumbres de la sociedad.

Al mismo tiempo, este ejercicio me permitió cuestionarme, constantemente, sobre aquello que es considerado problema filosófico y aquello que no. Específicamente, el 2021, fue un año tan revolucionado por diferentes movimientos y estallidos sociales en Colombia, y en el mundo; este año estuve todo el tiempo en construcción de este trabajo. Esas situaciones complementaron considerablemente la investigación, en la medida que, me ayudaron a motivarme sobre por qué era importante presentar otro tipo de espacios que ameritan ser pensados filosóficamente, porque en medio, de tantos estallidos sociales, la filosofía es de los primeros campos que debe plantearse propuestas, y ejercer su papel en la sociedad como un campo integral en la solución y consagración de cambios.

Fue así, como siendo fiel a mi propuesta investigativa, escribí el trabajo con un tono crítico, complementándolo, con una parte audiovisual, para también derrumbar esas formas tradicionales académicas de hacer filosofía, y demostrar que la filosofía simpatiza

con muchas otras ramas del conocimiento y la imaginación, como lo pueden ser el arte o la literatura, y que permiten enriquecer la discusión.

También, espero que esto impulse, mis investigaciones futuras y me sirva como un primer peldaño en mis estudios posteriores. De igual manera, deseo que la filosofía tenga en cuenta la importancia de seguir investigando y preocupándose por la infancia. Para que se asuma la investigación y la problemática desde su campo, y que su estudio no sea exclusivo de la psicología o la sociología.

Como estudiante de filosofía, entiendo que una monografía, tiene pretensiones temáticas, conceptuales, metodológicas, como su razón de ser. Sin embargo, para mí, el proceso de escritura de este trabajo necesitó y tuvo una razón de ser, más allá de ser presentada para la culminación de mis estudios. No cumpliría uno de mis principales propósitos, si dejo este trabajo en un simple espacio virtual o físico para ser archivado, y no se generase alguna alteración en el pensamiento filosófico. Es necesario, que este tipo de investigaciones sean llevadas a la práctica.

Entendiendo esa relación tan necesaria con la realidad, es que pude hacer esa primera inmersión social, de la mano, de otros espacios ya mencionados, como lo son el arte, desde la parte audiovisual, o la literatura, en el sentido de la creación de textos inspirados por la imaginación de la infancia. Si no hubiese hecho esa correlación de la parte teórica y la práctica, la experiencia con los niños no habría tenido el mismo sentido, ni habría sido tan provechosa.

Este trabajo es sólo una primera parte de un proyecto que quiero hacer para y en mi vida; en el cual pretendo ir habitando el territorio con los niños, en los niños y en sus prácticas, mediante lo cual se les brinde el reconocimiento que tienen en la construcción de la sociedad. Porque la segunda parte, es más dedicada a ellos mismos, ya que, planeo iniciar un trabajo con una fundación que trabaja con primera infancia, y poder crear un plan que permita darles esa importancia. Por ahora, la investigación es el primer peldaño fundamental, para que en lo que viene sean protagonistas en mis propósitos personales.

Se añade, que el capítulo I, fue una recopilación sobre la importancia del límite como agente que permite la dignificación; esta comprensión del límite, está ligado a la concepción de la necesidad del respeto a la emocionalidad propia. La investigación está influenciada notablemente por el trabajo de Martha Nussbaum (2008), en la primera parte de “Paisajes del pensamiento”.

El capítulo II, influenciado por Giorgio Agamben, presenta la necesidad de la imaginación y el juego, como espacios primarios para el desenvolvimiento de la niñez. Y la importancia de la vivencia de espacios innatos de la infancia para la dignificación.

Y, sobre el Capítulo III, vale recordar lo dicho en la introducción: a cerca de la redacción del capítulo como un logro personal muy interesante, porque fue escrito de manera intencional con pocas citas. Esto para poder expresar de modo referencial, una experiencia más personal como la que viví con los niños en mi práctica, la cual influenció su contenido. Sin embargo, también está permeado por el pensamiento de Johan Huizinga, en el primer capítulo de *Homo Ludens* para enfatizar sobre el juego; de Martha Nussbaum, quien acompaña una parte sobre la infancia diversa; y Giorgio Agamben, con quien se resalta la relación entre infancia y juego.

Sobre los hallazgos conceptuales, puedo decir que fueron muy variados, y en su mayoría me impresionaron y llenaron de satisfacción. Por ejemplo, Giorgio Agamben, no fue un filósofo que conociese antes de este trabajo, sin embargo, al leerlo, me interesé mucho por la manera en que un filósofo contemporáneo pudiese escribir de tal forma, la manera en la que se apoya de tantas fuentes bibliográficas, esa combinación entre historia, literatura o filosofía me generó gran interés, al volverle a abrir paso a esa relación que tiene la filosofía con las demás ciencias humanas.

Aparte de lo citado en el trabajo, hubo dos cosas que me resultaron grandes hallazgos teóricos, y fue, la relación que sugiere sobre la historia y el juego, y la historia y la infancia. Donde presenta que el juguete, es la historia en estado puro, porque es este el que contiene la temporalidad de la historia en un valor cualitativo y diferencial. Es diacrónico, y demuestra aquello que existió y ya no más. El juguete transforma incluso lo sacro en juego, y, por tanto, en historia. Por otra parte, presenta la infancia, como el espacio en el cual se genera la historia, pues, precisamente por esa capacidad imaginativa, el espacio mesiánico comprendido en la infancia, da paso a que se cree la historia.

De Martha Nussbaum, tampoco había tenido acercamiento en mi espacio académico, sin embargo, descubrí en ella, una filósofa, con una escritura más clara a comparación de Agamben, lo cual demuestra la diferencia de sus escuelas filosóficas y que denotan la importancia de la cultura y el contexto para comprender una teoría. Sus textos, están acompañados por todo tipo de bibliografías que respaldan sus teorías, y en cada página, presenta una temática nueva para profundizar.



De la misma manera, su escritura y el tono personal, permiten que sus teorías sean comprendidas de una manera personal, porque permite al lector ponerse en sus zapatos. Especialmente su propuesta sobre la importancia de las emociones y la responsabilidad que tiene el cuidador en la educación y en el cuidado del desarrollo emocional del infante, me permitió reconocer, que, en definitiva, era sobre eso que quería centrar gran parte de mi investigación y me dio luces sobre continuar ese propósito en mi vida personal y profesional futura. También, su empeño por hacer un recorrido histórico sobre las diferentes concepciones que han existido sobre las emociones me permitió conocer esa parte bibliográfica de historia de la filosofía.

Agrego, que su filosofía no está reconocida únicamente en el campo de la filosofía moral o filosofía política; también puede reconocerse en el campo de la filosofía estética. Aquello que expongo sobre los conceptos de dignidad, emoción, o límites, son más cercanos al campo de la sensibilidad humana; y por esta razón, fue fundamental en la investigación de este trabajo.

Otro hallazgo de este trabajo fue el descubrimiento sobre la dignidad. El cual gira en torno, a los límites, al auto-reconocimiento, a la autoafirmación, o al libre desarrollo de la imaginación, entre otros. Pero también, sobre el límite, y la importancia del juego y la imaginación para el desarrollo de la infancia.

Mi intención es también que la lectura de este trabajo sirva como consuelo para recordar la importancia de volver a ser infantes en toda nuestra vida, que volvamos a soñar, a jugar, a imaginar, porque la adultez también merece dignificarse, pues la infancia es una etapa que nunca sale de nosotros.

Finalmente, como reflexión final, me gustaría que, exentos de juicios morales, nos replanteemos si estamos listos como adultos para concebir la infancia fuera de nuestras bases adultocéntricas y a partir de sus propias categorías, de suerte que podamos reconocer toda la responsabilidad que tenemos en el respeto de la dignidad del otro, y también para preguntarnos: ¿estamos listos para ejercer la paternidad?

Si en algún momento, esta monografía es leída por un niño o interesado que no tenga conocimiento en filosofía, quiero decir, que en la infancia siempre pueden estar conectados con esa magia interior, que fluyan en la imaginación y en la ritualidad de sus juegos. Que ustedes siempre serán los que nos van a enseñar cómo debemos vivir.

–¿Qué balbuceas entre dientes? –le preguntó el Hada con tono serio. –Decía... –gimoteó el títere a media voz– que de todas formas me parece que ya es un poco tarde para ir al colegio... –No señor. Ten en cuenta que para educarte y para aprender nunca es tarde. (Collodi, 2017 p. 115)

## REFERENCIAS

- Agamben, G. (2018). *Infancia e historia*. Buenos Aires, Argentina: Adriana Hidalgo editores.
- Irwin, L., Siddiqi, A., & Hertzman, C. (2007). *Desarrollo de la Primera Infancia: Un Potente Ecuilibrador*. HELP. , University of British Columbia.
- Huizinga, J. (2012). *Homo Ludens*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Nussbaum, M. (2008). *Paisajes del pensamiento*. Barcelona, España: Paidós
- Rebello Britto, P. (2017). *La primera infancia importa para cada niño*. Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF).
- Real Academia Española (s.f.). Diccionario de la lengua española, 23ª. Ed., [versión 23.4 en línea]. Recuperado el 23 de noviembre del 2021, de: <https://dle.rae.es>
- Nietzsche, N. (2002). *Más allá del bien y del mal*. Barcelona, España. RBA
- Collodi, C. (2017) *Las aventuras de Pinocho*. España. Austral.
- Lewis, C.S (1993) *El león, la bruja y el armario*. Santiago de Chile, Chile. Editorial Andrés Bello.
- Baynes, P. (s. f.). [El león, la bruja y el ropero. Saliendo de Narnia.].  
<http://pkibook.blogspot.com/2013/05/el-leon-la-bruja-y-el-ropero.html>.  
<http://3.bp.blogspot.com/-umuecInZjjE/VEqjsXrNVoI/AAAAAAAAA5A/QxxBuB5XWvU/s1600/narnia10.jpg> ; <https://www.invaluable.com/artist/baynes-pauline-diana-v85v9uwr9s/sold-at-auction-prices/>.